

PUBLICADO POR **IRENE KHAN**

Relatora Especial sobre la promoción y protección  
del derecho a la libertad de opinión y de expresión

# #JOURNALISTSTOO

— LAS PERIODISTAS TOMAN LA PALABRA

UNA COLECCIÓN DE  
ENSAYOS SOBRE EXPERIENCIAS  
PERSONALES DE ACOSO



Publicado por Irene Khan, Relatora Especial sobre la promoción y protección del derecho a la libertad de opinión y de expresión con motivo de los “16 días de activismo contra la violencia de género”



Esta publicación está disponible en acceso abierto bajo la licencia Attribution-ShareAlike 3.0 IGO (CC-BY-SA 3.0 IGO) (<http://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/igo/>).

Las ideas y opiniones expresadas en esta publicación son las de los autores; no son necesariamente las de la Relatora Especial sobre la promoción y protección del derecho a la libertad de opinión y de expresión , a menos que se indique específicamente, ni las de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos o de la UNESCO.

Diseño gráfico: Luiza Maximo

Diseño de cubierta y ilustraciones: Luiza Maximo

**ADVERTENCIA SOBRE EL CONTENIDO:** Este documento incluye contenido gráfico que ilustra la gravedad de la violencia contra las mujeres periodistas, incluyendo referencias a la violencia sexual y blasfemias de género o raciales. Este contenido no se incluye gratuitamente. Es esencial para ilustrar los tipos, métodos y patrones de violencia contra las mujeres periodistas.

## **SOBRE ESTA PUBLICACIÓN:**

Esta publicación presenta 11 historias escritas por mujeres periodistas de todo el mundo, que comparten experiencias personales sobre la violencia de género y las amenazas en el ejercicio de su profesión.

La publicación ilustra las diferentes formas de acoso y violencia que sufren las mujeres periodistas en línea y fuera de ella. El objetivo de la publicación es sensibilizar a la opinión pública sobre la extensión y la complejidad del problema y su efecto asfixiante sobre la libertad de expresión y la diversidad en el sector de los medios de comunicación, reflejando las perspectivas de diferentes regiones del mundo.

## **AUTORES:**

**INTRODUCCIÓN:** Irene Khan

**PERSPECTIVAS:** Christiane Amanpour

**ENSAYOS PERSONALES:** Martha Mukaiwa, Sally Kohn, Neha Dixit, Adela Navarro Bello, Anthi Pazianou, Arzu Geybullu, Jineth Bedoya Lima, Diana Moukalled, Janaina Garcia, Michelle Ferrier, así como un periodista que desea permanecer en el anonimato.

**EDICIÓN:** Cathy Nolan

**SOCIOS DEL PROYECTO:** Este proyecto ha recibido apoyo financiero del Programa Multidonante de la UNESCO sobre la Libertad de Expresión y la Seguridad de los Periodistas y de la Fundación del Código Postal de Suecia.

Con el apoyo de la UNESCO y Procedimientos Especiales del Consejo de Derechos Humanos





5.

**INTRODUCCIÓN**

/IRENE KHAN

8.

**PERSPECTIVAS**

/CHRISTIANE AMANPOUR

10.

**RESUMEN**

13.

**MARTHA**

**MUKAIWA**

/NAMIBIA

18.

**SALLY**

**KOHN**

/ESTADOS UNIDOS

22.

**NEHA**

**DIXIT**

/LA INDIA

27.

**ADELA**

**NAVARRO BELLO**

/MÉXICO

31.

**ANONYMOUS**

35.

**ANTHI**

**PAZIANOU**

/GRECIA

40.

**ARZU**

**GEYBULLA**

/AZERBAIYÁN

44.

**JINETH**

**BEDOYA LIMA**

/COLOMBIA

50.

**DIANA**

**MOUKALLED**

/EL LÍBANO

54.

**JANAINA**

**GARCIA**

/BRASIL

58.

**MICHELLE**

**FERRIER**

/ESTADOS UNIDOS



Los y las periodistas han desempeñado desde hace mucho tiempo un papel fundamental a la hora de destapar e informar sobre casos de acoso y abuso sexual. Solo una vez que surgió el movimiento #MeToo y que las mujeres empezaron a hablar de sus experiencias personales de violencia, abuso y acoso sexual en el lugar de trabajo se hizo evidente la magnitud del problema al que se enfrentaban las propias mujeres periodistas.

**AUNQUE TANTO LOS  
HOMBRES COMO LAS MUJERES  
PERIODISTAS ESTÁN EXPUESTOS  
A LA VIOLENCIA Y A LAS  
AMENAZAS A SU SEGURIDAD EN  
REPRESALIA POR SU TRABAJO,  
LOS ATAQUES CONTRA LAS  
MUJERES SE ENCUENTRAN  
BASADOS EN EL GÉNERO  
Y SON ALTAMENTE  
SEXUALIZADOS, TANTO EN  
LÍNEA COMO FUERA DE ELLA**

En mi informe sobre justicia de género y libertad de expresión (UN Doc A/76/258) califico los actos y amenazas de violencia física, sexual y psicológica para silenciar a las mujeres como la forma más generalizada y perniciosa de censura de género.

Las mujeres periodistas son objeto de ataques no sólo por el contenido de sus reportajes, sino por tratarse de mujeres que se atreven a alzar la voz. Estos ataques pretenden intimidarlas, silenciarlas y expulsarlas de la esfera pública. Constituyen una flagrante violación a la libertad de expresión y al derecho a participar en los asuntos públicos. Amenazan el derecho de la sociedad a informarse a través de medios de comunicación diversos, erosionan el pluralismo y socavan el debate democrático.

En las páginas que siguen, once mujeres de diez países hablan de sus experiencias personales como periodistas con sus propias palabras y con sus propios nombres (con la excepción de una de ellas, quien escribe de forma anónima por miedo a las represalias). Leeremos sobre los desafíos diarios a los que se estas mujeres se enfrentan de cara a sus familias, sus comunidades, sus empleadores, funcionarios y el público en general, como así también sobre el coraje y la determinación inquebrantables con los que se mantienen fieles a su profesión.

Estas mujeres relatan con crudeza las amenazas y los ataques a los que se ven expuestas en el ejercicio de su profesión, los que van desde la violación, la agresión sexual, y las amenazas de muerte, de violación y de acoso sexual, hasta el trolling, el discurso de odio basado en razones de género, la desinformación, las campañas de desprestigio y las amenazas dirigidas a sus familiares. Ellas describen cómo el sexismo y la misoginia se entrecruzan con otras formas de discriminación, tales como la homofobia, el racismo y la intolerancia religiosa, con el objeto de redoblarlos ataques en línea y fuera de ella.

El abuso es ineludible y generalizado en el continuo de los mundos real y virtual.

Los autores son diversos, desde agentes estatales, políticos y actores no estatales, hasta fuentes, entrevistados, empleadores y periodistas masculinos con los que las mujeres se ven obligadas a trabajar. La respuesta de los Estados, de las empresas de medios de comunicación social y de los empleadores de los medios de comunicación es a menudo inadecuada o inexistente.

**ESTOS ENSAYOS  
PERSONALES NO  
SON HISTORIAS  
DE VÍCTIMAS.  
SON TESTIMONIOS DE  
VALENTÍA, RESILIENCIA Y  
SOLIDARIDAD, DE DESAFÍO  
A LOS ESTEREOTIPOS DE  
GÉNERO Y DE LA ACCIÓN  
DE LAS MUJERES QUE  
SE NIEGAN A CALLAR  
O A SER CALLADAS.**

En varios de estos ensayos leemos acerca de las redes de solidaridad, de las campañas de defensa y de las herramientas que las mujeres han desarrollado para combatir la violencia en línea y fuera de ella y para conseguir la responsabilidad. Ellas inspiran no sólo a otras periodistas, sino a todas las mujeres en búsqueda de igualdad y justicia.

Como señaló la Relatora Especial sobre la violencia contra la mujer en su informe, la violencia contra las mujeres periodistas tiene sus raíces en los problemas más amplios del sexismo en la sociedad. La Resolución A/RES/74/157 de la Asamblea General de la ONU pidió a los Estados que abordaran este tipo de violencia como parte de esfuerzos más amplios para promover y proteger los derechos humanos de las mujeres, eliminar la desigualdad de género y hacer frente a los estereotipos de género en la sociedad. La Resolución 39, adoptada en la 39ª sesión de la Conferencia General de la UNESCO, invitó a la Directora General a reforzar las actividades destinadas a abordar las amenazas específicas a la seguridad de las mujeres periodistas, tanto en línea y como fuera de ella.

A pesar de estos esfuerzos, la realidad ha demostrado que se necesita una acción concertada mucho más potente a todos los niveles para hacer frente a la impunidad, el sexismo y la misoginia en los que reposa la violencia contra las mujeres periodistas. Los gobiernos deben desarrollar mecanismos eficaces de prevención, protección, seguimiento y respuesta para la seguridad de las mujeres periodistas en línea y fuera de ella. Las empresas de medios sociales deben trabajar por que los espacios digitales sean seguros para las mujeres. Las empresas de

medios de comunicación deben aplicar una tolerancia cero ante la violencia de género o al acoso en el lugar de trabajo. Los políticos y los líderes comunitarios deben condenar los ataques a las mujeres periodistas y abstenerse de hacer declaraciones que puedan poner en peligro a las mujeres.

**Es inaceptable que las mujeres periodistas sean atacadas y maltratadas por hacer su trabajo. Es intolerable que esto ocurra con impunidad. Ya es hora de que escuchemos las voces de las propias mujeres.**



**IRENE KHAN**

RELATORA ESPECIAL SOBRE LA PROMOCIÓN Y PROTECCIÓN DEL  
DERECHO A LA LIBERTAD DE OPINIÓN Y DE EXPRESIÓN



**MIROSLAVA  
BREACH.  
KIM WALL.  
GAURI LANKESH.**

Tres excelentes periodistas asesinadas por ejercer su profesión, y por ser mujeres. Pagaron con su vida por su integridad. Por su compromiso con la verdad. Por su sinceridad.

**POR SU VALOR.**

**La sala de redacción es el primer lugar donde numerosas periodistas sufren acoso. Colegas, responsables de medios de comunicación y mentores sin escrúpulos se aprovechan con demasiada frecuencia de su posición de poder para menospreciar, intimidar y a veces agredir a las mujeres que trabajan a su lado.**

Gracias a movimientos como la campaña #MeToo, las mujeres han perdido el miedo a hablar y denunciar a los depredadores y los agresores, aunque esto no sea así en todas las sociedades. No obstante, la denuncia es solo el primer paso. Tenemos que acabar definitivamente con la cultura del silencio. Necesitamos mayor concienciación y mejores mecanismos de protección. Y lo más importante, tenemos que asegurarnos de que estos delitos no queden impunes.

Sin embargo, las salas de redacción no son el único lugar en el que las periodistas están en peligro. Estas profesionales están mucho más expuestas que sus homólogos masculinos tanto en el terreno como cuando cubren determinados temas. A veces son acosadas, intimidadas, chantajeadas o incluso agredidas por las personas a las que entrevistan.

Además, su situación de vulnerabilidad también es mayor en Internet. Se enfrentan a la misoginia y el sexismo, así como a grupos subversivos y agentes movidos por consideraciones políticas que con frecuencia llevan a cabo ataques digitales despiadados. Ocultos tras el velo de anonimato que ofrece Internet, se permiten destruir la imagen pública de estas mujeres y su motivación para ejercer el periodismo. Las amenazas de muerte y violación, la filtración de información privada y la difamación son, por desgracia, habituales. Como consecuencia de ello, las periodistas pueden verse tentadas a autocensurarse, renunciar a determinados temas que les interesaban o abandonar el periodis-

mo por completo. No podemos aceptar que se silencie a las mujeres porque sus reportajes resulten incómodos para algunos, o porque haya gente a quien le moleste que las mujeres se atrevan a hablar claro.

Para ser eficaz y reflejar realmente nuestro mundo en toda su complejidad y sus matices, el periodismo necesita voces diversas. El periodismo necesita a las mujeres. Necesita a mujeres de todas las etnias, de todas las clases sociales, mujeres LGBTQ, mujeres con discapacidad, mujeres marginadas. Todavía queda mucho por hacer para suprimir la misoginia de raíz y romper los techos de cristal que han impedido que las mujeres accedan a los puestos directivos en las redacciones y en otros lugares.

Esta colección de ensayos anima a las periodistas a defenderse. Sus autoras, en toda su diversidad, son valiosos ejemplos de periodistas que se han atrevido a tomar la palabra. Son mujeres que han cuestionado los estereotipos obsoletos que dictan lo que deben hacer las mujeres, cómo deben comportarse y de qué pueden hablar. A través de sus testimonios valientes, nos cuentan las dificultades, los problemas y las tragedias personales que tuvieron que afrontar a lo largo de sus carreras. Pero también narran historias de resistencia, de lucha, de unidad y de solidaridad.

Como periodista que soy, estoy convencida de que publicaciones y testimonios como estos son significativos y necesarios. Además, transmiten un fuerte mensaje de esperanza y resiliencia a otras periodistas que, tal vez, experimentan situaciones de abuso similares. Les muestran que pueden superarlas, y que no serán silenciadas.

## CHRISTIANE AMANPOUR

CORRESPONSAL DE LA JEFATURA INTERNACIONAL DE CNN  
PRESENTADORA EN CNN Y PBS



## RESUMEN

**Desde que surgió el movimiento #MeToo en 2017, los y las periodistas han desempeñado un papel fundamental que ha servido para informar sobre el fenómeno y destapar casos de abuso y acoso sexual.** A medida que el movimiento se ha ido extendiendo por todo el mundo y ha sacado a la luz conductas sexuales indebidas que se han producido en diversos sectores en los últimos años, la propia industria de los medios de comunicación se ha visto salpicada por algunos casos. El hecho de exponer los abusos sexuales generalizados contra las mujeres, especialmente en el lugar de trabajo, ha contribuido a activar un proceso de reflexión sobre los riesgos específicos a los que se enfrentan las mujeres en el sector de los medios de comunicación, que no solo se deben a la actuación de determinados colegas, sino que implican a muchos otros agentes. Y, aunque los periodistas –tanto hombres como mujeres– están expuestos a la violencia y a las amenazas contra su seguridad, las periodistas son además

blanco de la violencia de género y del acoso sexual, tanto en línea como fuera de línea.

La necesidad de tener en cuenta los riesgos específicos de género a los que se enfrentan las periodistas ha dado lugar a una serie de resoluciones e informes de la ONU que han abordado esta cuestión en los últimos años. La [resolución A/RES/74/157](#) de la Asamblea General de la ONU expresa su preocupación por las amenazas concretas a las que se exponen las periodistas en el desempeño de su labor, y subraya la necesidad de adoptar un enfoque que tenga en cuenta las cuestiones de género para garantizar la seguridad de las periodistas. La [resolución 39](#), adoptada en la 39ª reunión de la Conferencia General de la UNESCO, invitó a la Directora General a reforzar las actividades destinadas a hacer frente a las amenazas específicas que afectan a la seguridad de las periodistas, tanto en línea como fuera de línea. Y el [informe](#) de 2020 de la Relatora Especial sobre la violencia contra la mujer se centró en la lucha contra la violencia que afecta a las periodistas.

En este contexto, la presente publicación pretende arrojar luz sobre las experiencias de las periodistas que han sido víctimas de la violencia y de delitos de odio en el curso de su trabajo. Esta recopilación reúne ensayos personales de 11 periodistas de todo el mundo que han sufrido diversas formas de violencia, acoso o abuso. Escriben a título personal y no reflejan necesariamente la opinión de la Relatora Especial sobre la promoción y protección del derecho a la libertad de opinión y de expresión. Dada la naturaleza sensible del tema, es comprensible que alguna de estas mujeres, como comprobaremos más adelante, decida mantener el anonimato.



Esta selección de relatos muestra que la violencia y los abusos contra las periodistas son generalizados y omnipresentes. Se producen tanto en línea como fuera de línea, con lo que resulta imposible evitarlos, y crean un clima de coerción permanente. Las mujeres que aparecen en esta publicación han sufrido una amplia variedad de amenazas y ataques, que van desde el acoso sexual hasta el discurso de odio sexista, pasando por el troleo, las amenazas de muerte y de violación, las amenazas a familiares, las agresiones sexuales y las violaciones. Esta recopilación de ensayos muestra que los abusos se sitúan en la intersección de diferentes formas de discriminación, ya que numerosas periodistas se enfrentan igualmente a la homofobia, el racismo o la discriminación religiosa, además de a la violencia de género, lo cual agrava el impacto.

**LAS PERIODISTAS SON OBJETO DE VIOLENCIA Y ABUSOS NO SOLO POR EL CONTENIDO DE SUS REPORTAJES, SINO POR ATREVERSE A EXPRESAR SUS IDEAS Y TENER UNA PRESENCIA EN LA ESFERA PÚBLICA.**

Cuando la violencia de género, en cualquiera de sus manifestaciones, pretende silenciar las voces de las mujeres atenta contra la libertad de expresión, el pluralismo y la diversidad. Este es el motivo por el que, a través de las voces y experiencias de las periodistas, esta colección de ensayos quiere concienciar sobre la diversidad de ataques a los que se enfrentan las periodistas no solo por su trabajo, sino también por su género.

Estos relatos explican asimismo cómo han reaccionado sus protagonistas frente a dichos ataques y los medios a los que han recurrido, ya fuera mediante medidas legales o redes de apoyo. En general, las distintas entidades responsables –agentes estatales, empresas de Internet o directivos de medios de comunicación– se han mostrado incapaces de ofrecer una solución legal. No obstante, la presente publicación también describe posibles soluciones y herramientas que permiten abordar el problema, y muestra la capacidad de recuperación y resistencia de las periodistas frente a los continuos abusos.



**EL ALCANCE LA MAGNITUD DEL PROBLEMA EXIGEN ESFUERZOS CONCERTADOS Y UNA RESPUESTA COLECTIVA QUE PERMITA LUCHAR EFICAZMENTE CONTRA ESTA TENDENCIA GENERALIZADA.**

No podemos aceptar que se vulneren de este modo los derechos de las periodistas, ni tolerar que estos ataques se cometan con total impunidad. Todos debemos actuar con verdadera solidaridad y apoyar la causa que tan valientemente ilustran estos testimonios personales.

## SUBIR AL SUBMARINO

La inquietante verdad es que la mayoría de nosotros habría subido al submarino de Peter Madsen.

Es el tipo de cosas que haces cuando eres escritora, periodista, reportera independiente y una mujer tan interesada por el mundo y sus innumerables historias como tus colegas masculinos.

En septiembre de 2017, presenté un sombrío relato en una conferencia sobre periodismo en Nashville (Tennessee).

Hace poco conocí a Sonia Paul, amiga íntima de la periodista sueca asesinada Kim Wall. La identidad de Sonia la revela una activista LGBT+ ugandesa que le sonrío cariñosamente y dice: “Hola chicas, os presento a Sonia. Siento mucho lo de Kim”.

Cuando Sonia se aleja de nuestro grupo por un momento, hago un recuento escalofriante de los hechos.

“Yo también me habría subido a su submarino. ¿Y vosotras...?”

La decisión fatal es unánime.

**TODAS LAS MUJERES DE  
LA MESA ASIENTEN CON LA  
CABEZA Y ME DOY CUENTA  
DE QUE, EN CIERTO MODO,  
TODAS SOMOS KIM WALL.**



No porque todas poseamos su increíble talento o porque el inventor danés Peter Madsen haya acabado con nuestras vidas de forma abrupta y brutal. Si no porque, como periodistas, salimos en busca de historias y, a veces, eso implica confiar en el prójimo y puede traer consecuencias nefastas.

Como escritora de viajes, he aprendido a silenciar los aspectos negativos.

Cuando hice mi primer viaje de trabajo al extranjero y fui agredida sexualmente por el portero que me acompañaba a mi habitación en un importante hotel de Nueva Delhi, decidí no denunciar el incidente para evitar que la relación con mis anfitriones empezara con mal pie.

En lugar de eso, tras cinco días en un país que siempre había soñado con visitar, escribí artículos elogiosos sobre el Taj Mahal, el impresionante caos de Nueva Delhi y la reconfortante idea de que en la India los huéspedes son dioses.

**En mi primer relato de viajes, no escribo ni una palabra sobre la agresión.**

[Redacted text block]

La intuición me dice que, si cuento que el portero me agarró en la habitación del hotel, me empujó hacia atrás y me obligó a darle un beso ardiente, húmedo y humillante, pasaré por una especie de quejica.

Pasaré por una periodista que no sabe desdramatizar, como sí haría un corresponsal masculino; que es incapaz de transigir para seguir con su trabajo y tener una visión de conjunto.

Para bien o para mal, ese incidente inspiró mi filosofía del periodismo de viajes.

Intento sobrellevar este tipo de situaciones.

Cuando me encuentro en una carretera forestal a solas con un guía turístico en Bali y la conversación se torna repentinamente sexual, intento quitarle importancia.

Me río nerviosamente y finjo indiferencia cuando me pregunta si las mujeres negras son tan salvajes en la cama como se rumorea. Finjo responder a una falsa llamada de un novio que no tengo cuando pregunta por el paradero de mi pareja, y rezo para que todo vaya bien.

En la crónica de viajes en la que relato ese

[Redacted text block]

día, no menciono las preguntas inapropiadas, ni el miedo; tampoco los mensajes que envié subrepticamente a mi mejor amigo James, con las fotos de la tarjeta de visita de mi guía turístico, su cara, su número de teléfono alternativo y su perfil de Facebook, en el que se identifica con otro nombre. Porque, a menudo, una vez que estás a salvo en casa, los malos momentos palidecen en comparación con la majestuosidad de lo que has visto.

Tu vida es explorar, experimentar, indagar, y luego escribir. Por ello, esos incidentes tienden a fundirse en el agua azul brillante que rodea un templo marino en Tanah Lot.

Se desvanecen con el viento que agita el hiyab de colores vivos de una mujer que trabaja en una terraza arroceras en Tegalalang o se disuelven lentamente en la pura felicidad de ser una periodista africana que recorre el planeta y contribuye a enriquecer un mundo dominado por voces occidentales, en su mayoría masculinas.

Pero con la excepción, quizás, de un artículo –“Viajar siendo africana”– guardo estas luchas para mí.

### **Omito el acoso sexual.**

No cuento a nadie la cantidad de veces que me proponen relaciones sexuales en Roma, a pesar de que es obvio que llevo una cámara, un trípode y garabateo notas en un diario, como hago en todas partes.

Cuando vendo mis relatos de viajes por Ghana a dos publicaciones, no menciono en ningún momento la docena de hombres que me rodean en Accra, en la playa de Labadi.

Me gritan enfadados que les enseñe las fotos de un tramo de mar vacío que un guardia me aseguró que podía tomar, hasta que un “responsable” acalla las voces de estos hombres, que me tachan de “mujer estúpida, de periodista extranjera arrogante”.

De nuevo, no menciono el incidente.

En cambio, valoro el mero privilegio de viajar por África, la belleza relativa de mis experiencias y la suerte de ser una escritora remunerada, a pesar de todos los sinsabores que he vivido, y decido omitir el episodio.

**PORQUE NECESITAMOS  
QUE LAS MUJERES VIAJEN.**

**NECESITAMOS QUE LAS MUJERES  
OCUPEN UN ESPACIO PROFESIONAL.**

Necesitamos que las mujeres normalicen el hecho de vivir sin miedo, de investigar intrépidamente las historias que elijan, de cumplir sus sueños y desarrollar sus carreras para alcanzar la excelencia y la masa crítica; y esto no sucederá si tenemos miedo.

No legitimaremos la mirada femenina, no cambiaremos el mundo o la percepción de la gente que lo habita, si nos quedamos en casa. Si damos un paso atrás, asustadas por el tipo de intimidaciones omnipresentes que tratan de limitar nuestra vida, que intentan dictar la longitud y la medida de nuestra existencia y la profundidad de nuestras contribuciones.

Aunque sea una idea retorcida, al menos por ahora, he llegado a considerar estos ataques, agresiones e intimidaciones como una suerte de compensación tácita y enfermiza.

## NO DEBERÍA SER ASÍ.

Pero como periodista independiente, estás sola.

Las ideas, la pasión, el tono y la euforia de escribir casi todo lo que quieres te pertenecen, pero también son tuyos los riesgos para tu equipo y tu persona.

Por esta razón, todas las escritoras de viajes independientes que he conocido tienen sus mecanismos de protección.

Los rituales, las precauciones y los amuletos que llevan consigo crean una impresión convincente de seguridad.


Un fino crucifijo de oro regalado por una madre.

La costumbre de enviar a un ser querido todo su itinerario del día, antes del desayuno. La práctica de hacerse hipervisible.

Esta última táctica es la que yo he adoptado, junto a un pequeño dragón de la suerte dorado que se llama Falkor.

Aunque, como mujer negra que viaja sola, suelo llamar la atención, siempre me siento más segura cuando he hecho algunas amistades locales.

Me aprendo las fórmulas de cortesía, socializo con el personal del hotel y frecuento con regularidad las tiendas, quioscos o puestos para comprar pequeñas cosas que no necesito, asegurándome siempre de decirle a algunas personas cuánto tiempo voy a estar por la zona, por si desaparezco antes de lo previsto.



**ÉSTAS SON MIS PEQUEÑAS Y DESESPERADAS ESTRATEGIAS DE SEGURIDAD QUE, EN EL FONDO, SÉ QUE SON INSIGNIFICANTES FRENTE A LA VIOLENCIA, LA LEGITIMACIÓN Y EL TERROR OMNIPRESENTE QUE PREDOMINAN EN LAS SOCIEDADES PATRIARCALES.**



Seis años después de aquella noche en Nueva Delhi, sé que mi vida como periodista de viajes solo cambiará si también lo hace el mundo. Así que intento aportar mi granito de arena.

Como mujer, columnista y periodista independiente, hago lo posible por vivir y viajar sin complejos, mientras que, en mi ciudad natal, Windhoek (Namibia), participo en la lucha.

Me manifiesto contra la violencia de género y por los derechos humanos.

Escribo artículos para denunciar los llamados “crímenes pasionales” y la masculinidad tóxica.

Envío un correo electrónico mordaz a un productor de espectáculos que, borracho, me manoseó mientras cubría una actuación.

Ignoro los mensajes de la bandeja de entrada y los mensajes de texto de los hombres que consiguen mi número de móvil y me llaman p\*\*a, odiadora de hombres y zorra interesada. Y me derrumbo horrorizada y fugazmente derrotada cuando el artículo feminista que envió al principal periódico nacional se publica el mismo día en que aparecen los cuerpos de dos hermanas en el cauce de un río asesinadas por el novio de la más joven.

**A pesar de ello y por ello, como periodistas y, sobre todo, como mujeres, a luta continua.**

Viajamos. Escribimos. Hacemos fotos. Somos testigos. Protestamos. Nos manifiestamos. Reivindicamos. Existimos.

**ME IMAGINO A KIM WALL  
COMO UNA LLAMA. LA TRÁGICA  
HISTORIA QUE NOS ABRASA Y LA  
LUZ QUE ILUMINA EL CAMINO.**



Martha Mukaiwa

Foto: courtesy of the journalist



**SALLY  
KOHN**

ESTADOS UNIDOS

Imaginen lo que implica ser una mujer

# ABIERTAMENTE GAY, PROGRESISTA Y JUDÍA

que interviene en calidad de experta  
en la cadena conservadora Fox News  
en la era de Twitter.

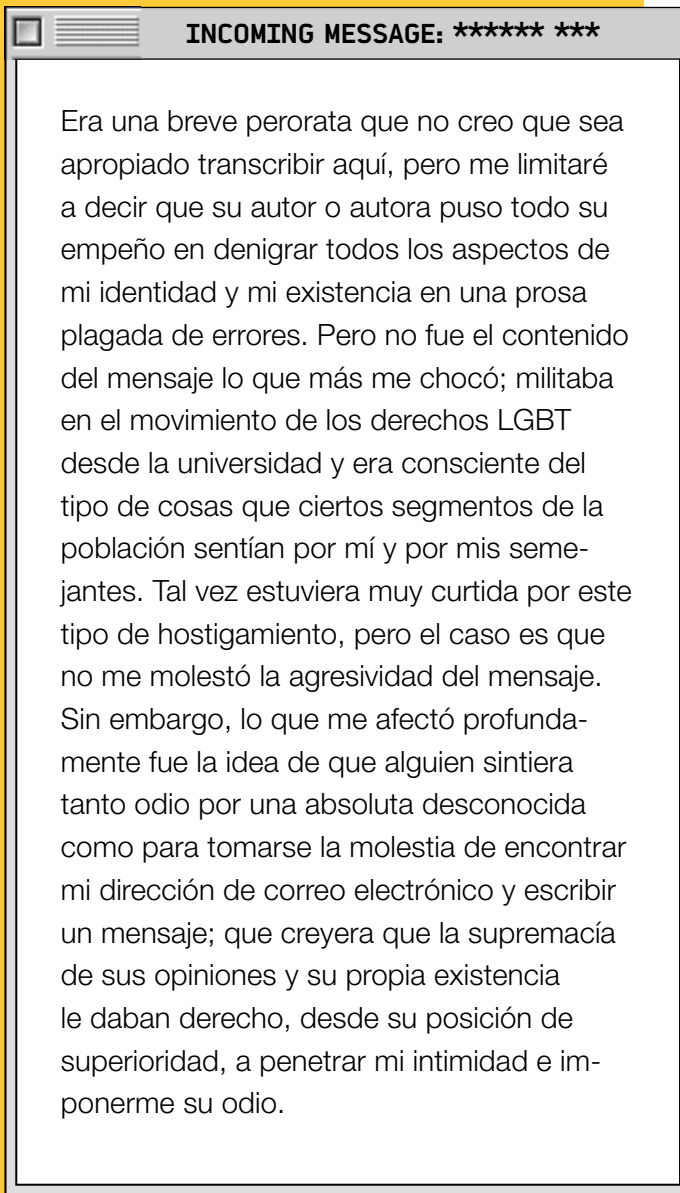
**NO RECUERDO  
NI  
UNA  
SOLA  
VEZ**

**QUE HAYA SALIDO EN  
ANTENA SIN RECIBIR  
MENSAJES DE ODIO,**

tanto por correo electrónico como en las redes sociales. Y la mayoría de las veces, había alguna referencia a mi ropa (demasiado masculina), mi pelo (demasiado rizado) y mi peso (simplemente demasiado). Recibí amenazas de muerte, de violación y, si me atrevía a salir en antena para defender el derecho al aborto, recibía mensajes de telespectadores antiaborto aparentemente furiosos, que me decían que mi propia madre debería haber abortado. Curiosamente, no veían la ironía de sus palabras.

Pero seamos sinceros, la dinámica de la lesbiana progresista que se mete en la guarida del zorro (Fox) es solo una versión exagerada de lo que la mayoría de las mujeres que se dedican al periodismo experimenta de forma casi cotidiana. Las mujeres que tienen una mayor exposición en la esfera pública –y en particular las mujeres queer, las mujeres trans y las mujeres de color– son acosadas y hostigadas de forma desproporcionada simplemente por tener la audacia de tomar la palabra y expresar sus opiniones. Lo sé por mi experiencia personal, así como por las anécdotas que me han contado numerosas amigas y colegas, pero las investigaciones también lo corroboran. El Centro Internacional para Periodistas [encuestó](#) a más de 700 periodistas de todo el mundo y reveló que casi tres cuartas partes habían sufrido amenazas de violencia física o sexual u otros tipos de acoso en línea. Según un [estudio](#) del Institute for Strategic Dialogue, las mujeres que se dedican a la política tienen entre dos y tres veces más probabilidades de ser objeto de acoso en Internet que sus homólogos masculinos. Y, sobre todo, las investigaciones de Amnistía Internacional han [demostrado](#) que los índices de acoso son exponencialmente mayores en el caso de las mujeres de color. En efecto, las mujeres negras tienen un 84% más de probabilidades de sufrir abusos en Twitter que las mujeres blancas. Las mujeres latinas tienen un 81% más de probabilidades de ser acosadas en Internet, y las asiáticas, un 70%. Otros estudios han demostrado que las lesbianas, los gays, los bisexuales y los transgénero tienen aproximadamente el doble de probabilidades que las personas que no son LGBT de sufrir acoso en línea, y de ser objeto de formas graves de abuso en línea.

# RECUERDO LA PRIMERA VEZ QUE RECIBÍ UN CORREO ELECTRÓNICO INSULTANTE.



Era una breve perorata que no creo que sea apropiado transcribir aquí, pero me limitaré a decir que su autor o autora puso todo su empeño en denigrar todos los aspectos de mi identidad y mi existencia en una prosa plagada de errores. Pero no fue el contenido del mensaje lo que más me chocó; militaba en el movimiento de los derechos LGBT desde la universidad y era consciente del tipo de cosas que ciertos segmentos de la población sentían por mí y por mis semejantes. Tal vez estuviera muy curtida por este tipo de hostigamiento, pero el caso es que no me molestó la agresividad del mensaje. Sin embargo, lo que me afectó profundamente fue la idea de que alguien sintiera tanto odio por una absoluta desconocida como para tomarse la molestia de encontrar mi dirección de correo electrónico y escribir un mensaje; que creyera que la supremacía de sus opiniones y su propia existencia le daban derecho, desde su posición de superioridad, a penetrar mi intimidad e imponerme su odio.

En ese momento tomé consciencia de algo que tal vez se me había pasado antes por la cabeza a nivel teórico, pero que nunca había entendido realmente: cómo la desigualdad y la opresión estructurales se traducían a nivel individual y específico, y cómo algunas personas se sentían históricamente justificadas para decir y hacer lo que querían, mientras que mis opiniones y mi propia existencia estaban limitadas, eran inferiores, iban siempre seguidas de un asterisco invisible, pero implícito, que indicaba mi pertenencia a una categoría inferior. Los mensajes de odio no son solo el producto de individuos aislados que expresan su indignación, sino que proceden de historias y sistemas de prejuicios y fanatismo que se transmiten a través de los medios de comunicación de masas. Son una manifestación individual de un odio omnipresente.



En este sentido, es demasiado fácil culpar de todo esto únicamente a Fox News. En realidad, los medios de comunicación conservadores que se oponen a la igualdad tan solo echan leña a un fuego ya existente; el odio y el resentimiento son fenómenos que magnifican con entusiasmo, pero no los han inventado ellos. Tampoco es algo que estos medios, o sus espectadores, perpetúen por sí solos. He recibido mensajes de odio o tuits insultantes en cada una de mis intervenciones en la televisión o en la radio, ya sea en un programa conservador, en una emisora de izquierdas o en cualquier otro tipo de emisión. Lo mismo da que sea MSNBC, CNN o NPR. Sigo recibiendo comentarios acerca de mi orientación sexual y mi pelo, plagados de términos denigrantes que ya son bastante previsibles. A estas alturas apenas presto atención. Para bien o para mal, estoy bastante curtida; hasta el punto de que tengo que hacer un esfuerzo para recordarme a mí misma lo increíblemente injusto y poco común que es este acoso cuando una amiga o colega que lo experimenta por primera vez me pide ayuda. He aprendido a hacer caso omiso. Pero ¿significa que también hago caso omiso de las innumerables injusticias y desigualdades que dan lugar a ese acoso? ¿Cómo puedo inmunizarme emocionalmente y al mismo tiempo indignarme legítimamente y de manera constructiva? **Me temo que no lo sé.** Me preocupa mi aceptación del odio como algo normal. Me preocupa que todos lo hayamos aceptado.

**EL ODIO NO ES UN FENÓMENO NUEVO;** sin embargo, los obstáculos para su difusión se han reducido. Con lo cual ahora se paga un precio mucho más elevado por expresarse públicamente o ser un personaje notorio. Y esa es otra

de las incógnitas que tenemos que resolver: cómo lograr que las voces y los líderes que necesitamos en este momento para acabar con la actual cultura del acoso y los sistemas e instituciones de opresión que la sustentan, no se vean sistemáticamente disuadidos de asumir esta función.



Sally Kohn

Foto: Paul Takeuchi

**LAS MALAS  
MUJERES LEVANTAN  
LA CABEZA**

**“EL PERIODISMO**

**NO ES**

**PARA LAS  
MUJERES**

**DECENTES**

**Y DE BUENA**

**FAMILIA**

dijo en 2003 mi abuelo, patriarca de una familia brahmánica conservadora del norte de la India, que había sido funcionario de la administración y defendía valores tradicionales. Así reaccionó cuando anuncié a mi familia, que nunca había enviado a ninguna chica a otra ciudad a estudiar, que quería ir a Nueva Delhi, a 500 km de mi ciudad natal, Lucknow, para cursar la carrera de periodismo. Mi rebelión contra esta decisión patriarcal, apoyada por mi madre y mi hermano, me granjeó una mala reputación en la familia y se saldó con un boicot social y el enojo de un padre susceptible que no me visitó en los tres años siguientes. Mi carrera profesional de doce años como periodista de investigación no constituye un logro menor.

Una periodista debe luchar todos los días de su vida con una espada de doble filo, ya que además de resistir a la misoginia inherente y a las estructuras patriarcales en el seno de su familia, debe enfrentarse a acusaciones penales, a repetidos ataques de troles en línea con fotos trucadas, amenazas de violación y muerte, acusaciones difamatorias, así como al acoso sexual y el sexismo en los propios órganos de prensa. Tal vez este no sea un mensaje alentador para las chicas de pequeñas localidades que aspiran a demostrar su valía en la gran ciudad. Pero lo que sí es cierto es que allí estarán solas, así que más vale que, para bien o para mal, se endurezcan.

En 2008, entrevisté a uno de los dirigentes de un tribunal de pacotilla –conocido como “Khap Panchayat” en la India– que había condenado a seis matrimonios a sentencias de “asesinatos por honor” por el delito de elegir libremente a sus parejas. En medio de la entrevista, se detuvo a mirarme y me dijo: “Si fueras una mujer de nuestro clan, y pasearas con un cámara masculino como haces ahora, te aplastaríamos con un camión como castigo por deshonar a la comunidad”. Esas amenazas directas – además de los reportajes de investigación en los que la mafia minera perseguía mi vehículo, o los políticos hacían insinuaciones sexistas o comentarios fuera de lugar, y mis jefes se comportaban de manera obscena en la oficina– marcaron mis primeros años en el periodismo. Los órganos de prensa para los que trabajaba acogieron con estupor y conmiseración las amenazas que recibí en el desempeño de mi labor, pero no me apoyaron ni tomaron ninguna medida al respecto. Tampoco tenía sentido contar estos percances a la familia. Habría implicado dar la razón a los patriarcas y verme obligada a hacer las maletas y volver a casa.

A partir de entonces entendí que la valentía no es una virtud, sino una necesidad para las periodistas. Hay que aceptar con calma las amenazas, los abusos, el sexismo y el acoso. ¿Por qué? En primer lugar, para que no se te asignen historias “intranscendentes” y “ligeras” y poder cubrir temas más difíciles. En segundo lugar, porque no existe ningún mecanismo interno que te ayude, ni dentro de la organización ni en los órganos de prensa externos. En tercer lugar, porque es la única manera de poder seguir ejerciendo tu profesión y vivir la vida que has elegido, como mujer independiente.

En los últimos años, he informado sobre

LA TRATA DE SERES HUMANOS,  
LOS ABUSOS A MENORES, LA  
VIOLENCIA DE GÉNERO, LOS  
DISTURBIOS SECTARIOS, LAS  
PRESUNTAS EJECUCIONES  
EXTRAJUDICIALES COMETIDAS  
POR MIEMBROS DE LA  
POLICÍA INDIA, LAS MAFIAS  
MINERAS, LOS ENSAYOS  
CLÍNICOS ILEGALES Y  
LOS FUNDAMENTALISTAS  
RELIGIOSOS E IDEOLÓGICOS

En todo ese tiempo, las amenazas y los abusos han cambiado de forma, pero jamás han desaparecido.

Antes, cada vez que recibía una citación judicial por un reportaje, los jefes de redacción lo consideraban un verdadero triunfo, una prueba de que el reportaje había tenido repercusión. Por lo menos, parecía que se aplicaba la legislación nacional. Los y las periodistas podían defender sus artículos y exponer los hechos en su comparecencia ante los tribunales. Sin embargo, desde hace cinco años, los y las periodistas de la India se enfrentan a nuevas formas de presión mucho más peligrosas: campañas de ataques en línea por un ejército de troles a sueldo, y el riesgo de agresiones físicas por grupos fundamentalistas. En un país que tiene una de las poblaciones menores de 25 años más elevadas del mundo y padece una grave crisis de desempleo, varios estudios han revelado que determinados partidos de derechas, incluidos los que están en el poder, han contratado a jóvenes sin empleo para trabajar como troles a cambio de salarios ridículos. Esta situación suscita dos preguntas que se podrían hacer extensivas a un gran número de sociedades. ¿Cómo se puede ejercer el periodismo ante la aparente escasa voluntad política? ¿Y cómo es posible que algunos agentes políticos sigan sin rendir cuentas a pesar de que impiden la libertad de expresión básica y promueven una cultura de la misoginia?

**LA TAREA DE LOS TROLES EN LÍNEA ES MÁS FÁCIL CUANDO EL OBJETIVO ES UNA MUJER.**

**LO ÚNICO QUE TIENEN QUE HACER ES CUESTIONAR SUS INTENCIONES, SU LIDERAZGO, SU INTELIGENCIA Y SU MORALIDAD.**

Cuando se trolea a los hombres se les acusa de corrupción o de estar “comprados”. Cuando se trata de mujeres, se las califica de trabajadoras sexuales, actrices porno y amantes de políticos masculinos. De este modo, los troles no solo intimidan a las periodistas, que pueden acabar autocensurándose, sino que también favorecen una pésima calidad del debate público, que se basa más en los juicios populares que en los argumentos intelectuales o jurídicos.

En los últimos años, cada mañana me despierto con fotos de penes, excrementos y largos hilos de Twitter en los que se debate cómo deberían violarme por haber escrito determinada noticia: si debiera ser con una barra metálica o una rama de rosal con espinas. Se publican en línea y con una frecuencia alarmante fotos de mi familia o datos sobre mi residencia incitando al lanzamiento de piedras. Y los esbirros armados de los partidos políticos me dicen que rastrean mis desplazamientos y que pronto me abatirán a tiros.



Al principio traté de argumentar, de exponer los hechos y presentar quejas en la oficina de la ciberdelincuencia del gobierno central; pero como ninguno de mis intentos funcionó, acabé por desarrollar cierta inmunidad e indiferencia. Lo increíble es que haya empezado a ver el lado humorístico del troleo. Si un trol me llama “esposa de un líder de Lashkar-e-Toiba” por escribir sobre las violaciones masivas de mujeres musulmanas en el marco de la violencia sectaria, me pregunto por qué soy yo la esposa y no la líder. Ni siquiera los troles me reconocen capacidad de liderazgo como mujer.

De manera extraoficial, los altos cargos policiales me llaman de vez en cuando para decirme que, en caso de que siga informando sobre las ejecuciones extrajudiciales y los tiroteos de la policía, saben dónde vive mi madre. En alguna ocasión en que salía sola a hacer reportajes, **me han encerrado en seminarios religiosos y me han pedido que controle mi comportamiento como mujer.** He sido perseguida por confidentes de la policía que gozan de la total impunidad del Estado. A falta de voluntad política para impedir el ataque a las periodistas, la única manera de afrontar estas situaciones es la perseverancia y la determinación individual.

Me molesta ver que, en este mar de ataques, troleos y abusos, mi identidad se haya reducido a la de una víctima. Una persona que es objeto de numerosas amenazas y ataques. En este discurso, se diluye el trabajo periodístico y los temas que se abordan: las mujeres pobres de la clase trabajadora, las minorías religiosas, los derechos humanos y la marginación de las poblaciones tribales y las castas desfavorecidas, los llamados “intocables”.



## LA FUERTE PRESENCIA DE INTERESES PRIVADOS

en los medios de comunicación y los vínculos que genera entre empresa y política constituyen un obstáculo al periodismo de investigación y de terreno basado en los hechos. Ante esta disyuntiva, empecé a trabajar como periodista independiente. Si bien esta decisión me permitió publicar las historias que quería contar, en cambio me privó del apoyo institucional

necesario para hacer frente al acoso y a las denuncias penales presentadas contra mí en zonas lejanas.

Dada la magnitud de estas amenazas, he decidido no presentar más denuncias. Me doy cuenta de que, si persisto en mis querellas, en un contexto en el que el propio gobierno parece incapaz de frenar el problema de forma eficaz, ya no tendré tiempo de dedicarme al trabajo por el que abandoné mi ciudad natal, esto es, informar sobre los marginados y contar sus historias.

La mayoría de los y las periodistas que se mantienen fieles a su deber son amenazados, atacados y maltratados. Gauri Lankesh, una veterana periodista afincada en el Estado de Karnataka, en el sur de la India, fue asesinada a tiros en septiembre de 2017. El equipo especial encargado de la investigación descubrió que los 18 implicados pertenecían a un grupo religioso fundamentalista que justificó el asesinato con una cita extraída de un libro religioso: “no matar a un malhechor es un pecado; la violencia contra los malhechores es no violencia”. El equipo especial de investigación confirmó que los asesinos formaban parte de una “organización criminal”. El hecho de que se identifique a una periodista como “malhechora” muestra hasta qué punto las periodistas suponen una amenaza para las sociedades patriarcales. No es de extrañar que hace muchos años me dijeran que el periodismo no es para mujeres “de buena familia”.

Hay un proverbio hindú que dice que:  
“La tortuga avanza cuando levanta la cabeza”.

**LO MISMO OCURRE CON  
LAS “MALAS” MUJERES.**



Neha Dixit

Foto: Committee to Protect Journalists

**ADELA NAVARRO  
BELLO**

MEXICO

## **LAS REDES DEL ACOSO**

Era un día lluvioso, lo recuerdo perfectamente. El 18 de enero de 2010, la primera vez que supe que estaba en el punto de mira de los narcos. Un funcionario del Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos llamó a mi oficina para hablarme de unas escuchas telefónicas de la Administración para el Control de Drogas. Un capo del cártel de la droga que vive en Tijuana (México) había dado órdenes de matarme.

No era la única que estaba amenazada. Rosario Mosso Castro, jefa de redacción de ZETA, también estaba en la lista negra. Durante los tres meses siguientes, tuvimos que vivir nuestras vidas y ejercer nuestra profesión escoltadas por siete oficiales del ejército mexicano. Los sicarios contratados para matarnos fueron finalmente detenidos, pero nunca fueron juzgados por su intención de asesinarnos.

No recuerdo la primera vez que fui objeto de acoso sexual simplemente por ser mujer y ejercer el periodismo de investigación en uno de los países más peligrosos del mundo para los y las periodistas. En cambio, sí recuerdo el calor agobiante que sentí en el pecho, en 2014, cuando empecé a leer un correo electrónico

difamatorio. Estaba plagado de insultos sexuales ofensivos contra la mujer que soy. Era un tipo de ataque diferente, pero el objetivo era el mismo: destruirme e intentar desacreditarme a mí y al periódico para el que trabajo.

Desde 2006, he sido directora general del Semanario *ZETA en Tijuana* (México). En 1994, fui la primera mujer en pertenecer al consejo de redacción presidido por Jesús Blancornelas, periodista y fundador de este periódico. En 2006, me convertí en la primera mujer en ocupar el cargo de directora general de un medio de comunicación en Baja California (México) y en dirigir un seminario especializado en periodismo de investigación que aborda temas como la corrupción gubernamental, el narcotráfico, los cárteles de la droga y el crimen organizado.

Los ataques por correo electrónico siguieron en aumento. En 2015, se ofreció dinero a los periodistas locales para que publicasen el contenido del correo electrónico que había recibido el año anterior y que también había sido enviado a otra serie de personas. Diez mil dólares si lo publicaban y una cantidad adicional si lo reenviaban por correo electrónico o mensaje de texto. El objetivo era que lo leyera más gente. Pura basura.

Me llamaban puta. Decían que mi vida personal estaba vinculada a la información que publicaba. Me acusaban de recibir sobres con dinero de un funcionario. Mi nombre y el de un miembro de mi familia fueron relacionados con diversos crímenes. En todos los casos se recordaba sistemáticamente que era la directora general de la revista *ZETA TIJUANA magazine*.

**A PESAR DEL DOLOR,  
LA VERGÜENZA Y LA  
FRUSTRACIÓN QUE  
SENTÍ A CAUSA DE  
ESTE ACOSO,**

**NO ME DETUVE.**

Seguí desempeñando mi labor, es decir, ejerciendo el periodismo de investigación y coordinando un equipo de periodistas profesionales dedicados a sacar a la luz la corrupción en el gobierno del Estado. Gracias a nuestras investigaciones y las de otros y otras periodistas, descubrimos que los ataques y la campaña de desprestigio tenían su origen en un miembro de ese gobierno.

En 2016, el acoso adquirió una nueva forma, gracias a las redes sociales. Se creó una página web y una página de fans en Facebook con el único objetivo de seguir difamándome con mentiras, la mayoría de ellas de contenido sexual y mencionando siempre el nombre de la revista *ZETA idem*. Incluso tomaron una foto que había compartido en mi perfil personal de Facebook e intentaron duplicarla para seguir difundiendo esta campaña de desprestigio. Las tácticas y estrategias utilizadas fueron diseñadas por expertos en medios sociales.



Gracias a la ayuda de profesionales, en particular la policía estatal encargada de luchar contra la ciberdelincuencia, conseguimos averiguar dónde y cuándo se habían creado el sitio y el perfil falso.

Intenté hablar con el personal de Facebook innumerables veces. Primero utilicé las opciones de ayuda y soporte que ofrece el propio sitio para detener el acoso; y luego dirigí mis peticiones directamente a las oficinas de la empresa en Ciudad de México. Pero incluso entonces, tras contactar con los responsables, me contestaron que Facebook no podía suprimir las páginas utilizadas para atacarme, que era demasiado “complicado”. Cada día, esas publicaciones de Facebook llegaban a más y más personas.

Al no poder presentar una denuncia por injurias y calumnias porque los culpables permanecían en el anonimato, un abogado que me representaba pidió al Gobierno que interviniera. No pasó nada y el acoso continuó.

Pero los que estaban detrás de todos estos ataques cometieron un error. Empezaron a atacar a otra periodista, otra mujer. Y entonces unimos nuestras fuerzas. Buscamos el apoyo de nuestros colegas, convocamos una reunión y conseguimos movilizar a más de 120 periodistas que firmaron una petición para que el Gobierno tomara medidas. También revelamos los nombres de los que estaban detrás de las campañas de desprestigio. Así fue como nuestro movimiento logró atraer la atención.

La Comisión Nacional de Derechos Humanos de México envió a un experto para documentar el caso. Los sitios web de noticias y los periódicos, incluida nuestra revista ZETA idem,

publicaron la petición. Finalmente, el Gobierno del Estado de Tijuana respondió. Los responsables de los ataques fueron destituidos de sus funciones. Y con ello, se acabó la campaña de desprestigio.

No obstante, las mismas mentiras e insultos fueron utilizados de nuevo por otras personas en las redes sociales, en transmisiones en directo y vídeos difundidos en páginas de Facebook. Hablé personalmente con fiscales e incluso con jueces sobre estos casos y, aunque esta vez los autores de los ataques pudieron ser plenamente identificados, me dijeron que no había forma de denunciar los hechos. Así que siguieron atacando hasta que se cansaron.

SEGÚN LA ONG ARTICULO 19,  
LA IMPUNIDAD DE LOS  
CRÍMENES COMETIDOS  
CONTRA LOS Y LAS  
PERIODISTAS EN MÉXICO

ES DEL

>>> >> >

99%

Las agresiones de género constituyen un aspecto fundamental de este tipo de delitos. En 2017, se registraron 130 ataques criminales contra mujeres que ejercían el periodismo, de los cuales 20 incluían algún aspecto relacionado con el género, y siete de ellos se produjeron en un entorno digital. Las periodistas somos atacadas por nuestro género, pero hasta la fecha carecemos de recursos para buscar reparación por vía judicial.

Seguiremos uniendo nuestras fuerzas y exigiendo públicamente al Gobierno que los autores de estos ataques tengan que rendir cuentas por sus actos. Es la única solución que hemos encontrado. No nos silenciarán.

**SEGUIREMOS DEDICANDO  
NUESTRAS VIDAS AL  
PERIODISMO Y A DENUNCIAR  
LA CORRUPCIÓN Y EL CRIMEN.**



**Adela Navarro Bello**

*Foto: Eduardo Jaramillo*

## EL DÍA EN QUE LA TURBA DE TWITTER VINO A POR MÍ

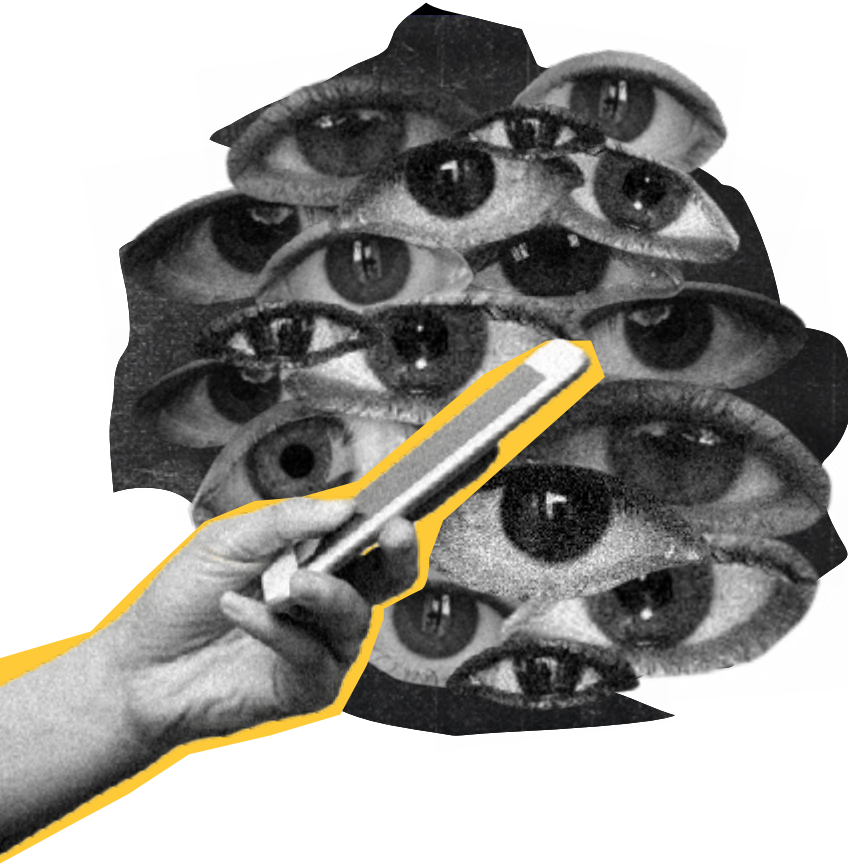
A lo largo de mi carrera como corresponsal en el extranjero, he sido testigo de la extraña psicología de las multitudes en numerosas zonas de conflicto. He observado de cerca cómo se forma una turba. Cómo una multitud puede pasar tan rápidamente a la violencia física. Y cómo esa violencia puede provocar con tanta facilidad la muerte o lesiones graves. Nací y crecí en un país que sufrió una guerra que duró décadas. Así que sabía lo que eran las turbas antes de empezar a informar sobre ellas.

**Pero no estaba preparada para que el ataque de una turba de Twitter se cerniera sobre mí.**

Me explico. Desde hace años informando e investigando sobre un país al que he visto inclinarse lentamente hacia la guerra civil. Desde tiempos inmemoriales, todos los conflictos han sido también guerras de propaganda, en las que sus protagonistas se enzarzaban en una feroz batalla por controlar la información. En la actualidad, en la era de las “noticias falsas” en la que cualquiera puede convertirse en un guerrero del teclado gracias a las redes sociales, el problema es aún mayor.

El país sobre el que escribo –aunque su acceso sea cada vez más difícil– está inundado no solo de información falsa, sino de desinformación difundida de manera deliberada por los beligerantes y sus partidarios. Su objetivo es confundir, tanto a la población de ese país como al resto del mundo, sobre lo que allí ocurre exactamente. No es sorprendente que consideren una amenaza a las periodistas como yo, cuyo





trabajo consiste en desenredar esa información y documentar la realidad del conflicto y sus consecuencias para la población civil.

Y por ello la turba vino a por mí. Como en la vida real, al principio solo había algunos individuos. Voces estridentes y partidistas –algunas de ellas ocultas detrás de pseudónimos de Twitter– que con su clamor y sus provocaciones atrajeron a otras personas hasta que se creó una turba virtual. Las acusaciones de ese grupo inicial tenían como objetivo hacer algo de ruido para movilizar a un público más amplio: yo estaba a sueldo de tal o cual facción en lo que entonces era un conflicto en rápida espiral; yo era una mentirosa; era una propagandista; era una espía. Sus difamaciones se propagaron rápido, y lejos. Las acusaciones contra mí se compartieron en otros medios sociales, incluidos los foros de Facebook, y acabaron difundándose en los

canales de televisión vinculados a determinadas partes del conflicto.

¿Quiénes participaron en la turba? La mayoría eran ciudadanos del país sobre el que informo. Algunos vivían allí, otros formaban parte de una diáspora dispersa por Oriente Medio, Europa, los Estados Unidos de América y el Canadá. En cambio, otros ni siquiera eran oriundos de ese país, sino que su vínculo se debía a relaciones personales –a veces comerciales– o a un determinado tipo de activismo en las redes sociales que atrae tanto a personas que se aburren como a los que buscan desesperadamente una causa. La mayoría eran hombres, de todas las edades.

Sin embargo, también había un número significativo de mujeres. En general eran extranjeras que manifestaban un interés, a veces obsesivo, y con motivos poco claros, por el país sobre el que informo. El arquetipo de guerreros del teclado, sentados cómodamente lejos de la zona de conflicto, pero cuyos tuits tuvieron graves consecuencias para mí como periodista sobre el terreno.

Siempre creí en el refrán popular “a palabras necias, oídos sordos” y estoy curtida por mi experiencia como reportera que ha cubierto numerosos conflictos en diferentes partes del mundo. Pero a lo largo de la última década, también he visto a varios colegas –incluidos amigos próximos– secuestrados, torturados o asesinados, a veces de la forma más brutal, por el denominado Estado Islámico. Soy consciente del peligro que entraña acusar a un o una periodista de ser espía, sé a dónde pueden conducir a veces esos rumores.



# SECUESTRO, DETENCIÓN, TORTURA Y COSAS PEORES. HE SIDO DETENIDA POR COMBATIENTES Y FUERZAS DE SEGURIDAD EN VARIOS PAÍSES.



**MIS TEMORES  
SON FUNDADOS.**

Los ataques que he sufrido en los medios sociales se debían en gran parte a mi condición de mujer. El país en el que trabajo es socialmente conservador y, con frecuencia, los peores troles masculinos se ocultaban tras cuentas anónimas. Sus ataques eran a menudo sexualmente explícitos y, a veces, incluían insinuaciones sobre mi vida personal o comentarios sobre mi aspecto. Algunos dibujaron caricaturas despectivas sobre mí y las publicaron en los medios sociales. Varios hombres me enviaron amenazas –a menudo de carácter sexual– en mensajes y correos electrónicos privados; algunos ni siquiera se molestaron en ocultar su identidad

En una ocasión, durante un acto público, me quedé helada cuando me di cuenta de que un hombre al que me acababan de presentar, junto con su mujer, era uno de los troles más implacables.

También me llamó la atención la frecuencia con la que las mujeres animaban a los hombres en su actitud agresiva hacia mí en las redes sociales. Aplaudían esa misoginia y se alegraban incluso de los ataques sexualmente explícitos de los que era objeto. Fue especialmente desconcertante ver cómo algunas mujeres se burlaban incluso de quienes me habían defendido y expresaban públicamente su preocupación por mi seguridad mientras proseguían los ataques.

A veces parecía que me rodeaban enjambres de troles. Su acoso en la red, unido al hecho de que sus difamaciones trascendieran los medios sociales y pusieran en riesgo mi seguridad, me generaron mucho estrés.

Cada persona tiene una forma diferente de enfrentarse a este tipo de acoso. No soy partidaria de alimentar a los troles. Y aunque al

principio me resistía a bloquear a la gente en Twitter –prefería silenciarlos– ahora he aprendido a valorar la función de bloqueo. Por ejemplo, en el caso de aquellos que me acosaron durante años, el refrán de “ojos que no ven, corazón que no siente” parece funcionar.

Mis intentos de denunciar las cuentas en Twitter fueron generalmente en vano. Incluso se consideraba que una persona, que habló abiertamente sobre la posibilidad de matarme, no infringía lo que Twitter llama sus normas comunitarias. No es suficiente. Son tiempos peligrosos para los periodistas de todo el mundo. El número de ataques del que somos víctima supera con creces cualquier otro periodo de mi vida. Nos acosan, amenazan y encarcelan. Algunos de nosotros hemos sido torturados, otros incluso asesinados.

**CON DEMASIADA  
FRECUENCIA  
TODO COMIENZA  
MEDIANTE UNA TURBA  
VIRTUAL Y TERMINA  
CON TERRIBLES  
CONSECUENCIAS EN  
LA VIDA REAL.**

No he sido detenida ni agredida físicamente como consecuencia de las acusaciones infundadas contra mí que se difundieron en los medios sociales. Pero dado que esas difamaciones se han propagado mucho más allá de Twitter, suponen un riesgo para mi seguridad personal. Por consiguiente, he tenido que restringir mis desplazamientos por el país sobre el que informo. No quiero arriesgarme. Y mi trabajo se resiente por ello.

Empresas como Twitter, Facebook y YouTube deberían hacer más para luchar contra la utilización de sus plataformas con fines de acoso, difamación y provocación. Porque, ahora mismo,

**LA TURBA SE CIERNE  
SOBRE DEMASIADOS DE  
NOSOTROS.**

## UNA SOMBRA SOBRE LA ISLA DE LA SOLIDARIDAD

Nunca lo hubiera imaginado. Un lunes por la mañana, cuando llevé a mi hija de tres años a la guardería, su maestra me preguntó por qué había publicaciones en Internet que afirmaban que yo tenía “relaciones sexuales con n\*\*\*\*s”. Tampoco podría haber imaginado que una de mis compañeras abandonaría el periodismo activo para dedicarse a tareas de oficina, por miedo a perder la vida. En Lesbos –la isla griega que se ha hecho internacionalmente conocida por la solidaridad de su pueblo con los refugiados– la democracia y la libertad de prensa están siendo atacadas. Los periodistas, y sobre todo las periodistas, se han convertido en la diana más fácil y sencilla.

En griego, la palabra “periodista” es de género masculino. A pesar de que numerosas otras profesiones, a medida que la ejercen las mujeres, también se convierten en femeninas, el “periodismo” sigue siendo masculino. La discriminación por razón de género se aplica igualmente a los salarios, los ascensos y los puestos directivos. En la enorme crisis que experimentan los medios de comunicación griegos desde 2010, los despidos de miles de periodistas son la norma, y así lo demuestra el cierre de periódicos y canales de televisión populares, y las tasas de desempleo general en el sector. En Atenas, aunque numerosas mujeres ocupan puestos directivos en

periódicos de gran tirada, una importante cantidad de empleos fijos están siendo sustituidos por profesionales autónomos.

En el resto del país, la nueva realidad mediática ha fragilizado la situación de todos los periodistas y les obliga a trabajar en condiciones de precariedad y baja remuneración. En este contexto, las mujeres vuelven a ser el colectivo más afectado “por su naturaleza”: el embarazo, la maternidad, los ciclos menstruales son considerados por muchos como

**“OBSTÁCULOS  
QUE INHIBEN  
NUESTRA  
PRODUCTIVIDAD”,  
“NUBLAN  
NUESTRO JUICIO”  
O  
“NOS HACEMOS MÁS  
SENTIMENTALES”**

en una profesión en la que ser “duro” y “decidido” es la única manera de conseguir un reportaje exclusivo.



Sin embargo, cuando conseguimos una exclusiva, rara vez se nos reconoce de la misma manera que a los hombres. El discurso periodístico dominante tiene una rígida “imagen masculina”, que se caracteriza por la “seriedad” y la “racionalidad”; cualquier otra forma de estilo y discurso periodístico es automáticamente tachada de “sentimental” y considerada solo apta para la prensa amarilla y los tabloides. De manera general, las publicaciones mencionadas crean y refuerzan un entorno de trabajo sexista y establecen el único marco disponible para lograr la igualdad de trato en una profesión dominada por los hombres.

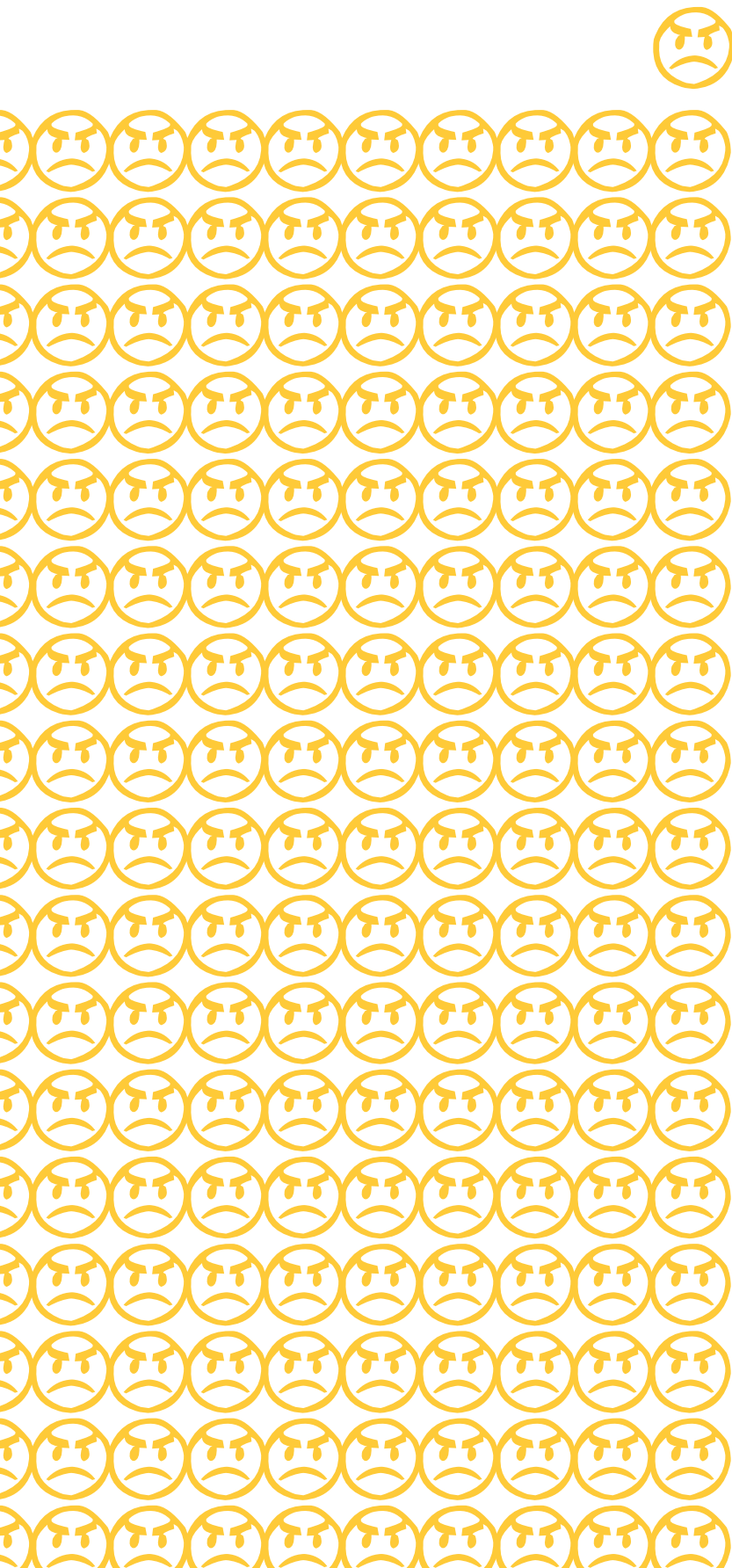
Las cosas empeoran cuando escribimos artículos sobre los grupos de extrema derecha, que consideran que las mujeres deben tener un papel secundario en la sociedad. No es fácil olvidar el incidente ocurrido en junio de 2012 en el que una periodista, afiliada al partido comunista, fue abofeteada en directo por un miembro del partido de extrema derecha, Chrysí Avg (Amanecer Dorado). Y a pesar de lo inaceptable de este hecho, un gran número de espectadores lo aprobó porque la actitud de la mujer fue percibida como “provocativa”.

**DESDE HACE UN TIEMPO, SER UNA PERIODISTA QUE ESCRIBE SOBRE LOS FLUJOS DE REFUGIADOS EN LESBOS SE HA CONVERTIDO EN UN DEPORTE EXTREMO.**

En octubre de 2016, al salir del campo de refugiados de Moria, fui agredida personalmente por un hombre de unos 60 años cuando traté de impedir que insultara a unas mujeres que llevaban burka; le dije que era periodista, pero el individuo se acercó a mí y empezó a tirarme del pelo. Logré escapar gracias a que arranqué el motor del coche. Conseguí conducir a las mujeres y a sus hijos a un lugar más seguro.

Denuncié el incidente a la policía, pero el hombre sigue sin ser identificado. Además, algunos grupos de extrema derecha de Lesbos volvieron a publicar mis propias alegaciones sobre el incidente, en las que ponían en duda mi honor y mi integridad con comentarios sexistas y afirmaban que tenía fantasías sexuales con personas mayores.

Un mes después, la policía evacuó la plaza central de la isla, que había sido ocupada por refugiados afganos. Miembros de grupos de extrema derecha, que se encontraban entre la multitud en el lugar de los hechos, me atacaron de nuevo con comentarios ofensivos y sexistas cuando me vieron haciendo fotos. Intenté explicar que era periodista y que tenía autorización oficial para estar allí. Cuando pedí ayuda a una policía, me respondió que mi presencia era una “provocación”. Si no hubiera sido “rescatada” por un miembro del partido comunista, que tiene sus oficinas en las cercanías, no sé qué me habría pasado ese día.



# OBVIAMENTE, NO SOY LA ÚNICA PERIODISTA VÍCTIMA DE ATAQUES.

En Facebook circulaba una publicación sobre una colega mía con el título “Cuélguenla”. Otra colega fue agredida verbalmente y amenazada mientras cubría una noticia, y la policía no le proporcionó ninguna protección, al estar supuestamente ocupada con “asuntos más graves”. Tras ese incidente, está considerando seriamente dejar el periodismo activo. Le aterra salir sola de su casa.

En mayo de 2018, quince periodistas profesionales de Lesbos hicieron un llamamiento público para proteger la libertad de prensa y garantizar la seguridad personal de los y las periodistas. Tras reunirnos con el jefe de la policía y el fiscal general sin resultados, no nos quedó más remedio que organizar una jornada de huelga. Reiteramos en los términos más enérgicos posibles que se nos atacaba porque nos negábamos a producir desinformación y, en cambio, revelábamos la verdad. Elementos de desinformación como que “los refugiados se comen los perros callejeros”, “los refugiados orinan en las iglesias y las destruyen”, o “los periodistas están financiados por las ONG” son algunos ejemplos ilustrativos de la continua propaganda racista y de extrema derecha que circula en la isla.

Desde septiembre de 2018, los ataques sexistas se han intensificado. El 6 de septiembre se

publicó un artículo mío, en el que revelaba los ataques de la extrema derecha contra una niña de la localidad a la que tomaban por musulmana porque llevaba un pañuelo en la cabeza. El 8 de septiembre, dos colegas míos y yo cubrimos un reportaje sobre solicitantes de asilo africanos que se entrenaban para el campeonato local de fútbol. Tras las entrevistas, nos hicimos una foto con los futbolistas y la subimos a Facebook para un público limitado. Ese mismo día, miembros de grupos de extrema derecha, procedentes del pueblo donde la joven fue agredida, publicaron mi foto con los futbolistas en Facebook, afirmando que mantenía relaciones sexuales con “n\*\*\*\*s”. Utilizaron otras expresiones sexistas, racistas y ofensivas, lo que acabó provocando la intervención del Consejo de Europa y de diversos políticos griegos.

las periodistas quieren promover la libertad de prensa y la igualdad de género, el acoso sexual en línea debe ser perseguido por el Estado. Las organizaciones de medios de comunicación deben integrar la voz y la perspectiva de las mujeres, y alertar cuando las periodistas son objeto de abusos verbales o agresiones. Además, es preciso que nuestras asociaciones profesionales creen espacios especiales para que las periodistas puedan tener acceso a asesoramiento legal y psicológico.

**EL CONSEJO DE EUROPA  
SUBRAYÓ DE MANERA  
EXPLÍCITA EL CARÁCTER  
SEXISTA DE ESTOS ATAQUES;  
EN GRECIA, LA VALORACIÓN  
FUE DIFERENTE.**

**PERO SEGUIMOS LUCHANDO.**

Mediante la publicación de cada uno de los ataques y la movilización de la Asociación de Periodistas del Peloponeso, el Epiro y las Islas (ESIEPIN) y nuestra Federación Panhelénica de Sindicatos de Periodistas (POESY), estamos dando a conocer el problema tanto a nivel nacional como internacional.

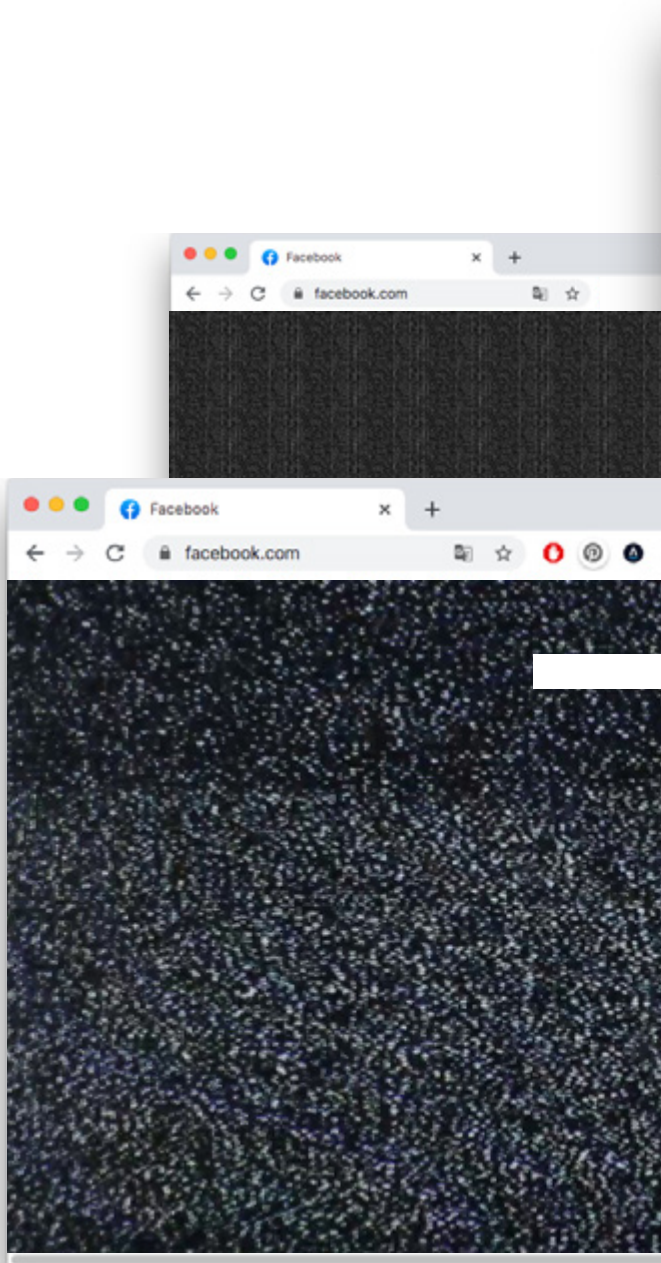
El sexismo es un concepto que va de la mano con el fascismo y ocupa una posición cada vez más dominante en el discurso público; por ello necesitamos un escudo protector. Si los y



**Anthi Pazianou**

Foto: Ilias Giannakopoulos

## UNA TRAIIDORA QUE JAMÁS EXISTIÓ



El 1 de diciembre de 2014, un amigo me etiquetó en una publicación de Facebook. Cuando hice clic para ver de qué se trataba, me quedé helada de horror.

Era una entrada de Interaz (International Azerbaijan Television), un importante canal de televisión nacional que emite desde Rusia, según la descripción de su página de Facebook. El artículo que Interaz compartió en su página de Facebook era sobre mí y otra periodista azerbaiyana, Salatin Asgarova. Nuestras fotos estaban colocadas una al lado de la otra. Las leyendas decían “heroína” bajo su foto, “traidora” bajo la mía. Las fotos iban acompañadas de breves textos. El texto sobre Asgarova, periodista azerbaiyana asesinada por el ejército armenio mientras cubría la guerra de Karabaj en 1991, la describía como una heroína. El pasaje que me describía a mí era menos positivo. Contenía información falsa sobre mi trabajo en el ámbito del periodismo sensible a los conflictos y la transformación de los conflictos. El escrito decía que yo negaba el conflicto, que apoyaba a los responsables de la guerra, que criticaba a las autoridades de Azerbaiyán, etc.



Este fue solo uno de los numerosos mensajes y artículos difamatorios que he visto escritos, difundidos o publicados sobre mí en el transcurso de los últimos cuatro años. Todo comenzó en marzo de 2014, cuando un pequeño sitio web de noticias con escasa repercusión en Azerbaiyán publicó una entrevista conmigo. Se titulaba “Una periodista azerbaiyana que trabaja para un periódico armenio”. Semanas antes de que se publicara el artículo, la autora se puso en contacto conmigo y me preguntó si podía entrevistarme para su serie sobre mujeres azerbaiyanas de éxito, que trabajan y viven en el extranjero. Cuando recibí las preguntas, tras haber aceptado la entrevista, me di cuenta de que no se trataba de mi carrera profesional, sino de mi trabajo, en aquel momento, con un pequeño semanario bilingüe turco-armenio, Agos.

Cuando en 2013 me incorporé a Agos como columnista, cubrí principalmente las noticias de Azerbaiyán y ocasionalmente escribí artículos de opinión sobre la región en general. Para los profesionales del ámbito de la transformación de los conflictos y, en especial, para los que trabajan sobre las guerras de la información y la propaganda en los medios de comunicación, esta colaboración era un ejemplo de ruptura de estereotipos. Pero para algunos círculos de Azerbaiyán, esto era una excusa perfecta para atacarme. **Y eso hicieron.**

La entrevista desencadenó una oleada de misoginia, acoso, amenazas de muerte y campañas de difamación en línea contra mí, alegando que era una traidora que había vendido a mi país al trabajar para un periódico “enemigo”. “Un sucio microbio caído de una puta armenia”, comentó un trol en Facebook, para describir su absoluta repugnancia hacia mí. “Arzu-zorra-ullayeva”, escribió otro, jugando con mi apellido para ex-

presar su hostilidad. “Gey hija de geybullayeva, se cepilla los dientes con esperma, mira qué blancos están. Seguro que está continuamente de orgías”, escribió otro hombre. “Aunque sea una traidora, es una bomba. Pagaría 50 manats por estar una hora con ella”, escribió un tal Fuad. “Esta analfabeta renegada armenia debería ser ahorcada”, escribió una mujer llamada Terane.

Había gente que estaba dispuesta a matarme y a pasar los próximos 15 años en la cárcel. Otros me amenazaban con violarme, con colgarme por los pies. Algunos mensajes y comentarios eran tan descriptivos que me sorprendió la salvaje imaginación de los hombres y, a veces, de las mujeres de Azerbaiyán. Ahora estoy lo suficientemente recuperada como para que me resulte casi gracioso, pero no era así en ese momento. Me sentí impotente, débil, desautorizada

ESTO ÚLTIMO SUPUSO UN  
TREMENDO GOLPE PORQUE,  
COMO PERIODISTA, SE  
NECESITA MUCHO  
TIEMPO, ESFUERZO E  
INVERSIÓN PARA LOGRAR  
UNA CREDIBILIDAD. Y,  
SIN EMBARGO, LO QUE  
HABÍA COSTADO AÑOS  
DE ESFUERZO TARDÓ  
APENAS UNOS MESES  
EN DESTRUIRSE.

Guardo una colección de estos comentarios y amenazas de muerte, así como enlaces a artículos, programas de noticias, etc., que se publicaron sobre mí en su momento y a lo largo de estos años. Me han resultado muy útiles para entender cómo funciona el mecanismo del odio en Azerbaiyán y cómo se pueden desplegar los troles contra los críticos del gobierno. Probablemente también tengo suficiente material para quien quiera hacer un estudio sobre los hombres azerbaiyanos y observar los elementos que cimentan la virilidad en parte de nuestra cultura.

Un día, cuando tenga tiempo, me gustaría explorar algunas de estas actitudes en los hombres de Azerbaiyán. Hace unos meses, me puse en contacto con uno de mis troles y le pregunté qué le daba derecho a llamar a mi madre puta y a mí microbio. Me contestó. “Hola. Si pudiera aclarar de qué está hablando y en qué contexto hice ese comentario, podría responder a su pregunta”. Obsérvese que no hubo ni un ápice de disculpa, ni siquiera cuatro años después. Le respondí que, independientemente del contexto, ¿no creía que fuera inaceptable escribir algo así sobre alguien que no conocía? Me contestó: “Me estás preguntando si creo que está bien insultar a alguien que no conozco. No conocemos personalmente a los armenios que nos atacan desde el otro lado. Sin embargo, estamos dispuestos a cortarles la cabeza por las ideas políticas que tienen. Así que no sé qué es lo que no entiendes. Debes prepararte para cualquier cosa si las ideas que tienes representan una amenaza

para una nación de diez millones de habitantes y una violación de sus derechos, independientemente de tu nacionalidad e identidad”.

Cuando me puse en contacto con el autor del insulto “Arzu-zorra-ullayeva”, me dijo que no recordaba haber hecho ese comentario, pero que, si era así, me pedía perdón. El tercer hombre nunca me respondió, pero tuve un interesante intercambio con el tal Fuad. Rehusó disculparse y, en cambio, me pidió que compartiera con él la foto original en cuyo pie había dejado el comentario. “No pongo un comentario sin una razón. Por eso la imagen es muy importante. Si he escrito “traidora”, entonces la foto debe oler a armenio. Si los azerbaiyanos ven una foto de una basura armenia, entonces esta se merece los peores insultos sin importar su género”.

Lo que más me preocupa del acoso en línea y de los insultos de odio es que las mujeres suelen ser las que se llevan la peor parte, sean o no periodistas. Y si la persona no está familiarizada con este tipo de comportamiento, puede fácilmente sentirse perdida, sola y temer por su seguridad y el bienestar de sus seres queridos.

Una de las lecciones más importantes que he aprendido de esta experiencia

ES QUE NO HAY QUE CALLARSE,  
SINO QUE

**HAY QUE DENUNCIAR**  
EL ACOSO.

En los últimos años, he hablado abiertamente sobre mis experiencias, he documentado a mis acosadores y los he denunciado. ¿Me hizo sentir más segura? No precisamente, pero al menos sé que no estoy sola y que, como periodista, como mujer y, sobre todo, como ser humano, tengo una voz que merece respeto.

**NUNCA HE SIDO UNA  
TRAIIDORA Y NUNCA LO SERÉ.**



**Arzu Geybulla**

*Foto: courtesy of the journalist*

**JINETH  
BEDOYA LIMA**

COLOMBIA

## **TRANSFORMAR EL DOLOR**



# **LA SOLEDAD ABSOLUTA.**

Es la segunda sensación que te invade después de una agresión violenta. La primera es sentirse muerta en vida, muerta aunque estés viva



Así es como me sentí el 25 de mayo de 2000, tras ser torturada y violada por tres de los hombres que me habían secuestrado, cuando esperaba en la puerta de la cárcel La Modelo de Bogotá para entrevistar a un jefe paramilitar.

Hasta ese momento, no podía concebir la idea de que ser periodista pudiera costarme la vida. A pesar de una primera agresión el año anterior, y de las constantes amenazas en los días previos, nunca creí que los delincuentes fueran tan osados. Yo fui la atrevida, por seguir denunciando la red de tráfico de armas y de personas secuestradas orquestada por paramilitares, guerrilleros y miembros de las fuerzas de seguridad colombianas. En público, todos estos grupos eran enemigos acérrimos. Sin embargo, en privado, en la oscuridad del crimen, sus relaciones se habían transformado y se habían convertido en estrechos colaboradores.

Diecinueve años después de lo que fue una tragedia tanto para mí como para el periodismo de mi país, una cosa está clara: si hubiera sido un hombre, la orden se habría ejecutado sin dudar. Un tiro en la nuca por un sicario, y se acabó. Pero como era una mujer, no solo me secuestraron. También tenían que utilizarme para humillar a las mujeres que se atrevieran a hacer lo mismo.

**Y VIOLARME.**

Volver a respirar profundamente –tras varios días en el hospital en los que únicamente podía pensar en un posible embarazo, en cómo podía mostrar mi cara en público o en lo que tenía que hacer para terminar de morir (suicidio)– se convirtió en la tarea más dura y complicada. Y encontré en el periodismo la válvula de oxígeno que me salvó y que aún hoy es mi principal motor.

Reconciliarse con su propia historia, a través de las historias de otras personas, todas ellas surgidas de la barbarie de la guerra, podría considerarse una revictimización. Pero en mi caso fue, en primer lugar, una fuente de motivación, luego una respuesta y, por último, una causa. Una causa para pedir justicia y rehabilitar a miles de Jineth. Porque la violencia sexual puede tener miles de caras, pero al final solo se necesita un nombre para denunciarla. Más aún cuando la víctima nombrada es una periodista y puede dar visibilidad a un delito que sigue siendo tabú en numerosos países.

Durante años, me negué a reconocerme como víctima porque siempre creí que los y las periodistas no tenían derecho a quejarse, y menos aún a militar. Pero el día que logré contener mis demonios y alzar la voz, en septiembre de 2009, inicié esta transición del dolor que se yergue frente la impunidad, con el aliciente de que cada victoria en un juzgado es una puerta que se abre no solo para ti. Detrás hay cientos de víctimas que ven una luz de esperanza en tu caso.

Tal vez la parte más difícil de la lucha consista en llevar a los culpables a la cárcel. Los crímenes contra los y las periodistas siempre están rodeados de corrupción y poder. Además, cuando hay acoso sexual o violencia, las posibilidades de llegar a la fase de juicio

se reducen con cada acción o cada prueba. En mi caso, empecé la lucha sola, sin testigos, sin pruebas ni expediente. Fui estigmatizada por mis propios colegas, que me consideraron como la única responsable de lo que me había sucedido, y no como una víctima. Tal vez por eso tardé tanto en verme a mí misma como tal.

Durante años, comparecí en innumerables audiencias en la Fiscalía para testificar, para intentar demostrar que había sido violada y materializar con mis palabras algo que tenía muy claro en la intimidad de mi hogar. Que estaba muerta en vida.

Una tarde de 2009, durante una de esas jornadas agotadoras, estaba sentada en las escaleras de la oficina del fiscal general cuando el ex director de la Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP) me encontró llorando, dispuesta a abandonar un proceso judicial que ni siquiera había comenzado. Fue el único que creyó en mí y pensó que era posible identificar a los responsables de mi agresión.

ESTE MOMENTO  
MARCÓ EL PUNTO  
DE INFLEXIÓN DE  
ESTA BATALLA  
CONTRA LA IMPUNIDAD.

Luego vinieron días extenuantes de reconstrucción de los hechos, audiencias, entrevistas, procedimientos judiciales, repetición constante del relato de mi violación, nuevas amenazas, recaídas, vuelta al psicólogo, segunda tentativa de suicidio, caída de peso a 39 kilos y anorexia implacable. Y, sin embargo, paradójicamente, mi alma se hacía más fuerte, y también mi voz.

Así nació la campaña que ahora dirijo:

# NO ES HORA DE CALLAR

Ya no me avergonzaba que la gente supiera que esa mujer que veían en la televisión o cuyos artículos leían en las páginas de El Tiempo había sido horriblemente violada.

Mi cuerpo fue mi mejor aliado porque me permitió, con el apoyo de la FLIP y Oxfam, soportar una serie de jornadas maratónicas para llamar a las puertas del Gobierno español, llegar al Parlamento Europeo, al Congreso de los Estados Unidos de América, a la Casa Blanca, a la Cámara de los Lores en Londres,

viajar por Irlanda, los Países Bajos, Alemania y Francia, y presentar el caso ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en Washington. Fueron innumerables viajes, reuniones, audiencias, cartas y peticiones, y todavía más lágrimas.

Creo que, al final, esas lágrimas también representaban la fuerza de saber que, a pesar de las circunstancias, seguía apegada al periodismo. Es lo que, hasta el día de hoy, me ha permitido seguir viva, porque a pesar de que mi caso ha alcanzado una dimensión internacional, las amenazas no han cesado.

# SOLO EN 2018 RECIBÍ SIETE AMENAZAS DIRECTAS,

en las que los autores me recordaban “que no olvidara que esto es lo que les gusta”, refiriéndose a la violación, y que “ningún coche blindado, ninguna escolta o guardaespaldas será suficiente para proteger[me]”.

No obstante, creo que hay algo que me protege. Porque la muerte deja de ser un problema cuando tienes que vivir con ella. La mayor protección es conseguir que el periodismo sea un canal de empoderamiento y una herramienta de transformación constante, cuando tu voz se convierte en la voz de millones de personas.

En los últimos años, a través de No Es Hora De Callar, conseguimos que 120 mujeres del Pacífico Sur colombiano denunciaran los delitos de violencia sexual de los que fueron víctimas. Estas mujeres no sonreían y siempre miraban al suelo; estaban avergonzadas y eran incapaces de levantar la cabeza. Decidí enseñarles periodismo. Conseguí que una multinacional les donara teléfonos móviles y, con la ayuda de voluntarios de la campaña, enseñamos a estas mujeres a contar sus propias historias. Grabaron sus testimonios y convertimos ese material en el corto documental El poder de mi voz.

El periodismo, que me salvó la vida, también hizo visible la violencia sexual que Colombia ha sufrido en silencio durante décadas. El periodismo dio esperanza a las víctimas y las preparó, a través de No Es Hora De Callar, para convertirlas en supervivientes. Les dio la esperanza de transformar su dolor y transformó el mío.

Quizá tenga que someterme a nuevas audiencias judiciales y derramar muchas más lágrimas, pero lo peor ya ha pasado, porque las historias que el periodismo me ha permitido escribir y contar constituyen el mejor legado para quienes se enfrentan a la violencia sexual. Son una fuente de fortaleza para las mujeres que, como yo, encontraron en el periodismo su razón de ser.

A menudo me preguntan cómo he conseguido perdonar; a pesar de que al principio pensaba que lo había logrado, está claro que hay daños físicos, emocionales y espirituales para los que no hay reparación ni perdón posibles. Pero he decidido hacer mi trabajo y militar con amor, no con odio. No sé si eso se traduce en indulgencia.

El daño que me hicieron es inconmensurable, porque me dejó sin familia, sin posibilidad de ser madre, sin la posibilidad de hacer mi trabajo o salir a la calle libremente. Siempre voy acompañada de guardaespaldas. Soy consciente en todo momento de que hoy podría ser mi último día. Para mí, cada día es mi último día. Por eso hago lo posible por encontrar la mejor historia, escribir la mejor crónica, organizar la mejor conferencia, producir el mejor documental.

## PARA SEGUIR

**TRANSFORMANDO MI  
DOLOR A TRAVÉS DEL  
PERIODISMO.**



Jineth Bedoya Lima

Foto: EL TIEMPO Casa Editorial



DIANA  
MOUKALLED

EL LÍBANO

SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS  
SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS  
SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS

NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS  
NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS

NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS

NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS  
NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS

Soy una entusiasta de los espacios de libertad de expresión que han creado los medios sociales, en particular Twitter. Suelo seguir los hashtags que son tendencia, leo los comentarios y participo en la redacción de respuestas con opiniones que se consideran osadas en nuestras sociedades. Me refiero a opiniones sobre la libertad política, la libertad personal y la igualdad, y sobre actualidad.

Participo en la crítica de personalidades públicas y entro a debatir ciertos fenómenos y noticias. Son incontables las cuestiones que merecen reflexión, diálogo y, a veces, confrontación explícita.

Pero a menudo me pregunto: ¿cuándo deberíamos parar? ¿Cuáles son los límites de cualquier campaña que se dirija contra una persona concreta de forma humillante y destructiva? He experimentado esta sensación personalmente, aunque no sea nada comparado con lo que muchos otros han soportado.

¿Sirven de algo esas escandalosas campañas de ciberacoso, aun cuando representan opiniones legítimas? Hace años que me preocupa este fenómeno: la escalada de la participación individual y colectiva en las campañas de ciberacoso.

No me refiero aquí a la crítica, que es útil y necesaria, sobre todo cuando un personaje público hace o dice algo estúpido o chocante. Me refiero a la indignación de la gente vengativa, con un fuerte deseo de despreciar a los que han cometido un error, o simplemente han tomado una postura incompatible con la opinión de la mayoría. Así comienzan las campañas de calumnias, insultos, difamaciones y fabulaciones.

Sigo en las redes sociales a famosos a los que calificaría de “malhechores”. Se han convertido en estrellas por su capacidad de crear hashtags provocativos y escandalosos que atraen a los sedientos de venganza. Los ejemplos son demasiado numerosos para mencionarlos.

NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS

Debido a la magnitud de las reacciones y los comentarios, sobre todo de gente anónima, el efecto en la persona destinataria es considerablemente más grave que el de una simple crítica. En el caso de los hashtags abusivos, parece que toda una sociedad o un mundo ha emitido un juicio y ha comenzado a destruir la vida de la persona en cuestión.

Cuando el objetivo de la campaña es una mujer con cierta proyección pública, la agresión sube en intensidad. El grado de violencia aumenta, se utilizan descripciones horribles y aparecen referencias sexuales. La cuestión adquiere una dimensión de género.

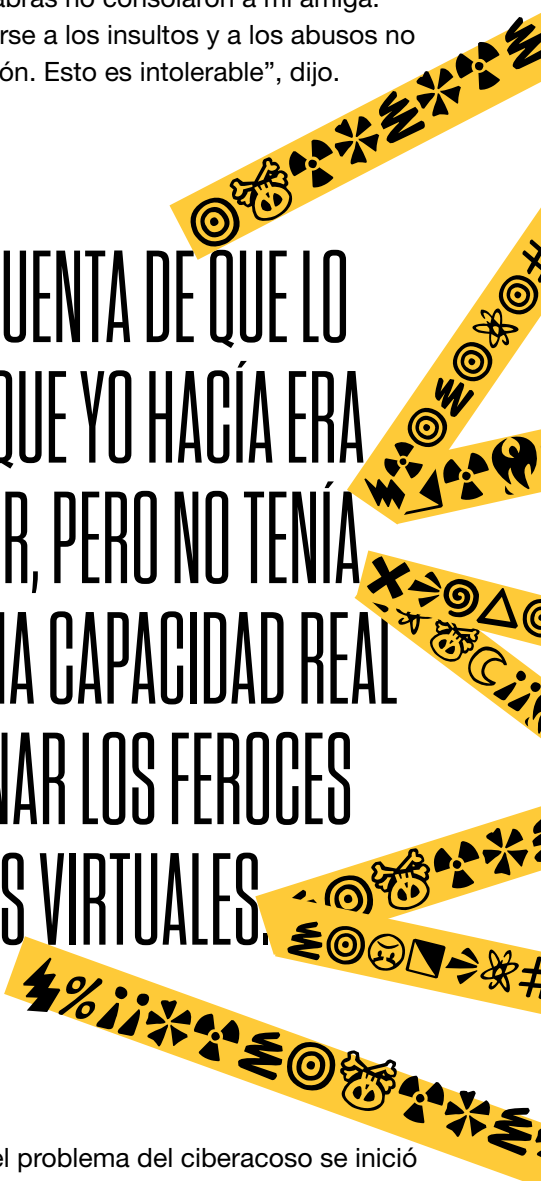
En los últimos años he sufrido ataques sexistas de manera repetida. Desde las palabras “vieja”, “puta” y “fea”, hasta una lista de insultos que no tienen nada que ver con el contenido de mis escritos, pero que constituyen intentos de degradarme como mujer.

Estas campañas se han convertido en un tema de debate constante para mí y mis colegas ya que somos activos en los medios sociales. Tratamos de encontrar formas constructivas de reaccionar.

Una amiga, que es una famosa figura mediática con numerosos seguidores, está permanentemente expuesta a un acoso salvaje cuando expresa una opinión controvertida. Un día me llamó llorando. Intenté consolarla diciéndole que no tenía que sentirse tan vulnerable a los insultos sexuales en Twitter.

Le dije: “A mí ya no me afectan. Bloqueo inmediatamente a los que me insultan y no respondo. Serás más fuerte con el tiempo; no renuncies a tus convicciones”.

Pero mis palabras no consolaron a mi amiga. “Acostumbrarse a los insultos y a los abusos no es una solución. Esto es intolerable”, dijo.



ME DI CUENTA DE QUE LO  
ÚNICO QUE YO HACÍA ERA  
RESISTIR, PERO NO TENÍA  
NINGUNA CAPACIDAD REAL  
DE FRENAR LOS FEROCES  
ATAQUES VIRTUALES.

En mi caso, el problema del ciberacoso se inició realmente hace cinco años, cuando empecé a utilizar Twitter y Facebook para participar en el debate público incipiente en el Líbano y en la región.

Soy una periodista libanesa que lleva 25 años trabajando en los medios de comunicación y he cubierto las guerras del Líbano, el Iraq, el Afganistán y el Yemen. He visitado varias zonas de

tensión, me interesan las cuestiones femeninas y he realizado una serie de documentales sobre la situación de las mujeres en la región. He abordado numerosos temas y me he enfrentado a toda clase de prejuicios y violencia.

Cuando echo la vista atrás, recuerdo numerosos incidentes de acoso e intimidación que no eran virtuales. Fui al Pakistán en 2002 para hacer un reportaje sobre las escuelas islámicas de los talibanes en Peshawar y visité uno de estos famosos centros en los que habían estudiado algunos de sus líderes. Entrevisté a un eminente clérigo, pero se negó rotundamente a que entrara en las clases. Mientras los miembros masculinos del equipo filmaban, él me llevó a su casa, donde tuve que quedarme con su familia hasta que terminó el rodaje. En presencia de su mujer y sus hijos, me contó –hablándome en árabe, que su familia no entendía– lo mucho que disfrutaba viendo los programas sexis de la televisión libanesa. ¡Este mismo clérigo enseñaba a sus jóvenes estudiantes que la televisión es un instrumento diabólico!

Entre las anécdotas curiosas de mi carrera, esta fue divertida. Otras fueron más aterradoras.

**PERO NADA ME HABÍA  
PREPARADO PARA EL  
CONTACTO DIRECTO,  
A TRAVÉS DE LOS  
MEDIOS SOCIALES,  
CON UNA OPINIÓN  
PÚBLICA POLARIZADA;**

## **ES UNA EXPERIENCIA LLENA DE CRUELDAD, INDECENCIA Y ACOSO DESENFRENADO.**

El informe anual de Reporteros sin Fronteras (2018) hace hincapié en el “ciberacoso” que se ejerce contra los profesionales de los medios de comunicación y describe esta práctica como “disparar balas en el mundo virtual”. Es un fenómeno mundial, que también afecta a las sociedades democráticas. En el mundo árabe, las denominadas “moscas electrónicas” dirigen campañas de difamación contra los periodistas, tal y como he podido comprobar personalmente.

Ahora dedico tiempo a verificar las identidades de quienes utilizan palabras ofensivas e insultantes para describirme, y descubro que en su mayoría son cuentas falsas, nombres ficticios de individuos con muy pocos seguidores. Y aunque los nombres varían, el lenguaje, las frases y los insultos son casi idénticos. Estas son las características de los “soldados electrónicos” utilizados para difamar y destruir a las personas.

Puede que las campañas de difamación e intimidación electrónicas no causen daños físicos, pero crean miedo y ansiedad, y contribuyen a que proliferen la autocensura. Los periodistas, en particular las mujeres, pueden dudar a la hora de tratar temas públicos relacionados con los crímenes de guerra, la discriminación de las mujeres, las minorías o la corrupción.

En un país en el que la violencia legal, social y religiosa contra las mujeres está muy exten-

didá, una declaración atrevida o una actitud pública pueden desencadenar una campaña de amenazas con una rapidez aterradora.

Pero la huida y la retirada no son la opción adecuada, sobre todo, porque no impiden los ataques. En esta era moderna, los medios sociales desempeñan un papel importante en la política y el debate público, y la participación de las mujeres no debe verse obstaculizada por las campañas dirigidas contra ellas.

Los medios sociales se han convertido en un arma de destrucción masiva, un fenómeno que no se detendrá ni se racionalizará, y que seguirá contribuyendo al abuso. Para mí la solución está en la capacidad de ignorarlo y seguir adelante. Al menos eso es lo que intento hacer.

SOLO ESTOY SEGURA DE UNA COSA:

**NO SE PUEDE DAR MARCHA ATRÁS**



Diana Moukalled

Foto: Ammar Abd Rabbo

## **PERIODISTAS BRASILEÑAS CONTRA EL ACOSO: UNA LUCHA COLECTIVA**

En los últimos años, los medios de comunicación brasileños se han hecho eco con cierta frecuencia de casos de periodistas acosadas moral o sexualmente por sus fuentes y en sus propios entornos de trabajo.

En los últimos dos años, los medios de comunicación brasileños se han hecho eco con cierta frecuencia de casos de periodistas acosadas moral o sexualmente por sus fuentes y en sus propios entornos de trabajo.

Esto no significa que el fenómeno sea nuevo en la sociedad brasileña, una sociedad en la que los cuerpos de las mujeres suelen ser objeto de una hipersexualización reduccionista y recurrente. Pero ahora, por fin, se habla de ello.

Una de las razones es que hace poco más de dos años constituimos, de manera muy orgánica, y en colaboración con otras periodistas radicadas principalmente en la ciudad de Sao Paulo, el germen de lo que se convertiría en el primer colectivo para la denuncia del acoso en nuestra propia profesión, denominado "Periodistas contra el acoso".

En aquel momento, apoyamos a una periodista del portal IG que había sido despedida tras denunciar el acoso sexual de un cantante durante una entrevista. Su caso sirvió de alerta: ¿Y si nos pasara a nosotras? También podríamos encontrar en la misma situación

de vulnerabilidad si no nos calláramos ante un caso de acoso. Decidimos pasar a la acción.

En un primer momento, recopilamos a través de grupos de WhatsApp y Facebook frases oídas dentro y fuera de las redacciones que hubieran chocado a las periodistas o a sus colegas. En menos de dos días recibimos más de 100 vídeos en formato selfi en los que las periodistas resumían el acoso sufrido durante su vida profesional.

Utilizamos esta información para hacer un vídeo de poco más de un minuto en el que se contaba al mundo que sí, que las periodistas también sufríamos acoso.

**Y QUE NO, YA NO  
ESTÁBAMOS  
DISPUESTAS A  
PASAR PÁGINA  
COMO SI NADA  
HUBIERA SUCEDIDO.**





A partir de ahí, analizamos una serie de casos similares que habían acabado siendo silenciados, en una profesión que denunciaba sistemáticamente el acoso practicado en otros ámbitos, pero no en el suyo propio.

Realizamos campañas de vídeo centradas en las periodistas que habían sido víctimas de diversos tipos de acoso por fuentes deportivas o políticas e incluso por las empresas donde trabajaban. Las periodistas se quejan con frecuencia de las dificultades que tienen para conseguir ascensos o simplemente aumentos salariales en comparación con los hombres que desempeñan las mismas tareas. Otro aspecto negativo con el que tiene que lidiar una reportera es que no se la elija para cubrir cuestiones fundamentales del país –en los ámbitos de la política y la economía– aunque, en muchos casos, esté más cualificada que el colega masculino al que se le asigna el asunto.

Por último, pero no menos importante, hay numerosos casos de acoso contra periodistas que quieren ejercer su derecho a la maternidad y cuya decisión no siempre se respeta. Los casos de mujeres que han visto cuestionada sus competencias tras ser madres son inaceptables e indignantes.

Hemos dedicado años a analizar la cuestión, a sensibilizar la sociedad y simplemente a arrojar luz sobre el tema. Este trabajo ha demostrado hasta qué punto una periodista es más vulnerable a estos ataques porque la naturaleza de la agresión de la que es objeto está más relacionada con su condición sexual y psicológica que con su capacidad profesional.

Una de las cuatro campañas de vídeo, denominada “Juntos contra el Machismo” (Juntos contra el machismo), nos mostró

que no llegaríamos a los acosadores si no contábamos con la participación de los hombres, que eran una de las partes interesadas. Colaboraron numerosas figuras del periodismo masculino a escala nacional, que leyeron en voz alta comentarios reales oídos por mujeres dentro y fuera del lugar de trabajo; esta iniciativa ayudó a otros hombres y a ellos mismos a reflexionar sobre su comportamiento.

Un hito importante del trabajo de nuestro colectivo fue la campaña

## #DEIXAELTRABALHAR

(DÉJALA TRABAJAR), que se inauguró en marzo de 2018 en forma de vídeo manifiesto con el objeto de combatir el acoso sexual y otros tipos de hostigamientos que sufren las periodistas deportivas en los estadios, en las calles y en las salas de redacción.

Esta iniciativa, en la que participaron unos 50 periodistas que trabajan en el ámbito del deporte –presentadores, reporteros, productores y agentes de prensa de diversos medios de comunicación– fue todo un éxito. Además de amplificar las voces contra el acoso, consiguió que algunos de los principales clubes de fútbol brasileños participaran en la difusión del hashtag de la campaña. Puesto que la mayoría de los periodistas eran de televisión o radio, el mensaje llegó a una gran audiencia.

También crece la demanda de los estudiantes de comunicación que abordan este tema en sus trabajos académicos. Por medio de conferencias y charlas con estudiantes universitarios, los animamos a que traten la cuestión en sus propias clases de periodismo.

Pero 2018 también nos reveló que el escenario



de acoso en el que tanto nuestro colectivo como otras organizaciones defensoras de la libertad de prensa deben actuar es mucho más amplio de lo que creíamos.

Fue un año caracterizado por una intensa polarización política entre la izquierda y la derecha en Brasil. La prensa sufrió una crisis de credibilidad promovida por ambos extremos ideológicos. Se dispararon los discursos de odio destinados a desacreditar a la prensa y se intensificaron los ataques virtuales y físicos contra los periodistas.

Según la Asociación Brasileña de Periodismo de Investigación (ABRAJI), en 2018 se produjeron al menos 150 agresiones físicas y virtuales contra periodistas por activistas de todas las tendencias políticas.

marcada por una avalancha de noticias falsas. Los reporteros –hombres y mujeres que trataban de revelar las incoherencias de los discursos políticos– fueron objeto de cientos de amenazas, campañas de difamación y perfiles falsos en las redes sociales. Incluso en estos casos, las periodistas se ven más afectadas por la violencia de género: no solo se amenaza su credibilidad, sino también su integridad física, moral y sexual.

La reportera de Folha de S.Paulo, Patricia Campos Mello, por ejemplo, descubrió una trama de difusión de noticias falsas. Como consecuencia, su cuenta de Whatsapp fue jaqueada y sus contactos borrados. La periodista también sufrió una serie de amenazas y otros ataques en Internet.

Campos Mello fue solo una de las numerosas víctimas de la campaña. Una de las periodistas más respetadas de Brasil, Miriam Leitão (GloboNews, O Globo, TV Globo), sufrió una campaña masiva de desprestigio, con noticias falsas sobre una supuesta detención por un atraco en los años 60. En realidad, fue detenida y torturada en 1972 durante la dictadura militar.

Una reportera del sitio de noticias NE10 fue agredida y amenazada con ser violada por partidarios de la extrema derecha el día de la primera vuelta de las elecciones. “Cuando el comandante sea presidente, se matará a todos los periodistas”, le dijeron sus agresores cuando les mostró su carné de prensa.

**Una reportera del sitio de noticias Intercept Brasil, Amanda Audi, fue acosada por Internet y recibió amenazas de muerte tras informar de que una diputada de un partido de derechas, también periodista, había sido declarada culpable de plagio en 2015.**

En el congreso internacional de la ONG ARTICULO 19, celebrado en Ciudad de México, nuestro colectivo denunció recientemente la situación actual de acoso y linchamiento virtual a la que se enfrentan los periodistas brasileños. En la principal conferencia de periodistas brasileños organizada por la ABRAJI, pudimos asimismo debatir el

trabajo realizado por nuestro colectivo a lo largo de los últimos tres años, que se centró en los riesgos a los que se enfrentan las periodistas.

En la situación actual, el trabajo de los defensores de la libertad de expresión, en particular del colectivo “Periodistas contra el acoso”, sigue siendo más pertinente que nunca. Nuestro colectivo intenta demostrar que se puede estar en desacuerdo con el mensaje, pero no se tiene derecho a agredir al mensajero.

Es necesario que las organizaciones externas que velan por la aplicación de los principios democráticos también vigilen de cerca al Brasil para garantizar el respeto de la libertad de expresión.

Al mismo tiempo, las plataformas como Facebook, Twitter y WhatsApp deberían estar más atentas e intervenir con mayor celeridad para castigar a los ciberdelincuentes que hostigan a los y las periodistas y actúan con la clara intención de intimidarlos o engendrar la autocensura.



**Janaina Garcia**

*Foto: courtesy of the journalist*

**MICHELLE  
FERRIER**

LOS ESTADOS UNIDOS  
DE AMÉRICA

# **TROLLBUSTERS: CUANDO LA PASIÓN Y LA DETERMINACIÓN RESPONDEN A LAS NECESIDADES DEL MUNDO**

Conservo todos los correos.

Como primera columnista afroamericana del periódico, empecé a recibir correos insultantes de corte violento y racista por mis artículos en cuanto empecé a escribir con voz propia en la sección “modo de vida”.

En total, recibí más de una docena de cartas y paquetes del mismo remitente. Me enviaba recortes de periódicos y boletines informativos de toda la costa este de los Estados Unidos, en los que calificaba a los negros como criminales estúpidos y poco fiables.

**“LOS N\*\*\*\*S, EL ÚNICO  
ERROR DE DIOS”, ESCRIBIÓ.  
“HABRÁ UNA GUERRA RACIAL  
CONTRA TODOS VOSOTROS,  
LOS N\*\*\*\*S”, advertía.**



Por aquel entonces, tenía una columna semanal titulada “Chasing Rainbows” (Persiguiendo arco iris) en un periódico regional. Mi primera crónica la escribí la noche después de la explosión del transbordador Columbia de la NASA,

mientras estaba sentada en la sala de prensa y contemplaba las fotografías y las historias de la catástrofe. Me preguntaba cómo hablar de la muerte con mis hijos pequeños tras presenciar cómo se evaporaban los astronautas estadounidenses en el espacio. Frente a la desaparición de la tripulación del transbordador, hice todo lo posible por mantener la calma.

“Están perdidos. La NASA ya no puede hacer nada”, dije. Detrás de mi rostro estoico, estaba atónita. ¿Otra explosión de transbordador? De joven había colaborado con el Centro Goddard de Vuelos Espaciales de la NASA, donde pasé cinco veranos aprendiendo a codificar y a trabajar con científicos e ingenieros del programa espacial.

Siempre había querido ser astronauta. Y así, esa tarde en la sala de prensa, escribí con el corazón sobre la muerte, la pérdida de la inocencia y los sueños rotos. A partir de ese momento, escribí con el corazón lo que implicaba criar a mi joven familia en un pueblo del sur o cómo enseñar a mis hijos a montar en bicicleta. Mis crónicas eran pequeñas historias sobre nuestras vivencias, una mirada sobre mi vida y sobre mi familia. Mis artículos invitaban a los vecinos y lectores a entrar en mi vida para compartir los acontecimientos más triviales y más alegres.

Los lectores me escribían como si fueran amigos. Recibía cartas de lectores que se conmovían con las historias de mis mascotas y me consolaban en mi duelo. Y ahora, esta intim-

idad había sido violada por este correo insultante que recibí por compartir mis detalles más personales e invitar a mis lectores a mi casa.

Los mensajes de odio llegaban a través del correo electrónico, luego en línea y también por correo. A veces se trataba de una crítica en la que se me reprochaba un presunto privilegio detectado en uno de mis artículos. A veces era un epíteto racial lanzado a través del ciberespacio. Pero, a menudo, eran cartas de un individuo concreto.

Enviaba constantemente misivas llenas de odio, cartas, manifiestos, imágenes y amenazas escritas en letras mayúsculas, en las que bramaba con palabras hirientes. O me mandaba chistes...

“¿CÓMO SE BAJA A UN N\*\*\*\* DE UN ÁRBOL? ¡SE CORTA LA SOGA!”

Tenía varios “chistes” de este tipo que salpicaban sus escritos.

Cada pocos meses, me enviaba otro paquete a la redacción. Después de la tercera o cuarta carta, fui a la policía local.

**LOS AGENTES ME  
EXPLICARON QUE NO PODÍAN  
HACER NADA HASTA QUE  
“ME PASARA ALGO” EN LA  
VIDA REAL.**



Llevaba más de un año recibiendo cartas amenazantes y racistas de este remitente. Analicé las cartas, en busca de frases o recortes de prensa similares en los documentos que había recibido. También realicé búsquedas en Internet para encontrar formulaciones parecidas y datos geográficos con el fin de comprobar si podía hallar historias similares de cartas o amenazas en los registros de delitos de odio o en los informes de los periódicos locales.

Anoté mi creciente sospecha de que las tácticas y la retórica de las cartas que recibía encajaban en un patrón de intimidación propio de los grupos nacionalistas blancos dispersos por Florida y por todo el país. Sentía que en la sociedad estadounidense iba surgiendo una corriente subterránea racista envalentonada, que se veía avivada por la toma de posesión del primer presidente afroamericano de los Estados Unidos. El objetivo último era silenciar mi voz en el periódico.

Me sentí expuesta. Además, había expuesto a mi familia. Nos había hecho vulnerables a través de mis escritos. Empecé a disfrazarme cuando salía de casa y a alterar mis rutinas

para evitar ser un objetivo fácil. Me volví más temerosa e insociable, y rehuía las apariciones públicas.

La última carta que recibí estaba llena de veneno y rabia. Pero el tono era diferente, más personal. Estaba enfadado, eso estaba claro. Sus frases eran menos coherentes, más discordantes y vacilantes. Afirmaba que yo era responsable de su situación, de su falta de empleo, y expresaba el absoluto desprecio que sentía por mí o por cualquier persona de piel oscura. Me culpaba de ello y tenía que morir.

Llamé a mi jefa y le dije que dimitía. Había vencido él. El autor de las cartas había vencido. Había acabado con mi voz en el periódico, con mis artículos. Me sentía devastada

**SIN EMBARGO,  
EN ESE  
MOMENTO NACIÓ  
TROLLBUSTERS**

## TROLLBUSTERS

es un programa en línea, nacido a partir de mis propias experiencias, que ayuda a los y las periodistas a luchar contra los troles. Sé lo que se siente al ser atacada. Sé que estos ataques pueden afectar a tus relaciones con los amigos y la familia. Sé lo que pasa cuando crece la sospecha en cada cara que ves. Sé que estos ataques pueden cambiarte e influir

Mediante el aprendizaje automático y la monitorización de las redes sociales, TrollBusters proporciona servicios de ayuda y asesoramiento en el momento oportuno a los periodistas que sufren acoso en Internet. Cuando un destinatario o un lector detecta acoso o amenazas en línea en sus flujos sociales, denuncia la actividad a TrollBusters. TrollBusters controlará sus cuentas, recopilará pruebas digitales y determinará qué medidas tomar. Hemos intervenido en plataformas de medios de comunicación social, hemos cooperado con la justicia en la interposición de querellas estratégicas, hemos realizado investigaciones internacionales con colaboradores de todo el mundo y hemos impulsado reformas políticas en favor de los periodistas y su seguridad.

También hemos trabajado con directivos y periodistas individuales para asesorarles sobre el acoso en línea y el modo de blindar a las personas y las organizaciones contra el hostigamiento en línea. Por mi experiencia directa con los estragos que pueden causar los ataques en línea, estaba convencida de que TrollBusters podría proporcionar la ayuda necesaria para que los periodistas y la prensa libre siguieran trabajando en un entorno digital.

He realizado una investigación con la Fundación Internacional de Mujeres en los Medios de Comunicación sobre periodistas y trabajadoras de los medios de comunicación. En el informe de octubre de 2018 *Attacks and Harassment: The Impact on Female Journalists and Their Reporting* (Ataques y acoso: el impacto en las periodistas y sus reportajes), el 52% de las mujeres encuestadas afirmó haber padecido acoso en el último año. El objetivo de esas agresiones es desacreditar, intimidar, amenazar o humillar.

En los últimos cinco años, el 70% de las mujeres experimentó más de un tipo de acoso, amenaza o agresión. Y más de un tercio indicó que había pensado abandonar la profesión debido a los abusos y amenazas en línea de las que eran objeto por su trabajo periodístico.

Además, numerosas periodistas afirmaron que habían experimentado una sensación de malestar tras este tipo de incidentes, se irritaban cuando se lo recordaban, y tenían dificultades para concentrarse o evitaban las personas o lugares que les evocaban estos hechos. Nume-

rosas periodistas afirman haber renunciado a abordar determinados temas o han experimentado dificultades con sus fuentes de información tras haber sido víctimas de amenazas y abusos.

TrollBusters ha ayudado a periodistas, tanto estadounidenses como extranjeros, a encontrar recursos en sus países. Hemos contribuido a asesorar y formar a periodistas de todo el mundo.

## **EN DEFINITIVA, SIGO LUCHANDO POR LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN Y LA LIBERTAD DE PRENSA PARA LOS PERIODISTAS DE TODO EL MUNDO.**



Michelle Ferrier

Foto: Barton James Photography





## **SOBRE ESTA PUBLICACIÓN:**

Esta publicación presenta 11 historias escritas por mujeres periodistas de todo el mundo, que comparten experiencias personales sobre la violencia de género y las amenazas en el ejercicio de su profesión.

La publicación ilustra las diferentes formas de acoso y violencia que sufren las mujeres periodistas en línea y fuera de ella. El objetivo de la publicación es sensibilizar a la opinión pública sobre la extensión y la complejidad del problema y su efecto asfixiante sobre la libertad de expresión y la diversidad en el sector de los medios de comunicación, reflejando las perspectivas de diferentes regiones del mundo.

**Publicado por Irene Khan, Relatora Especial sobre la promoción y protección del derecho a la libertad de opinión y de expresión con motivo de los “16 días de activismo contra la violencia de género”**

**SOCIOS DEL PROYECTO:** Este proyecto ha recibido apoyo financiero del Programa Multidonante de la UNESCO sobre la Libertad de Expresión y la Seguridad de los Periodistas y de la Fundación del Código Postal de Suecia.

Con el apoyo de la UNESCO y Procedimientos Especiales del Consejo de Derechos Humanos

